

SENECA, PRECEPTOR DE NERON *

(Estudio histórico-crítico de la paideia Séneca-neroniana)

por

Rafael Contreras de la Paz

Tácito (*Ann.*, 12, 8,) expresa que desde el levantamiento del destierro de Séneca en la isla de Córcega, en cuya remisión tan decisivamente influyó Agripina, ésta había puesto sus ojos en Séneca como preceptor de Domicio, fruto de su matrimonio con Domicio Ahenobarbo (1).

Suetonio precisa más en cuanto al tiempo: El preceptorado de Séneca con Nerón dió comienzo cuando Lucio Domicio tenía once años y fue simultáneo a su adopción por Claudio. Añade que Séneca era ya senador:

«A los once años de edad lo adoptó Claudio y su educación fue confiada a Anneo Séneca, ya por aquel entonces senador». (*Undécimo aetatis anno Claudio adoptatus est Annaeque Senecae iam tunc senatori in disciplina traditus*). (*Nero*, 7, 1).

Pero Suetonio se equivoca en cuanto a la edad de Domicio, pues tenía doce años y no once cuando por su adopción entró a formar parte de la gens Claudia (2). Efectivamente: Según el propio Suetonio (*Nero*, 6, 1), Nerón nació nueve meses después de la muerte de Tiberio. Como ésta ocurrió en el mes de marzo del 37 (790 de la fundación de Roma), el natalicio de Nerón fue, pues, en diciembre, como en efecto se sabe nació el 15 de dicho mes. Y a su vez, como la adopción de Nerón por Claudio tuvo lugar en febrero del año 50 (consulado de C. Antistio y M. Suilio).—(*Tac. Ann.* 12, 25) y el preceptorado fue coetáneo con la adopción, la edad que tenía Nerón al ser adoptado y recibir a Séneca como maestro, era la de doce años cumplidos y no once, como erróneamente —repetimos— escribe Suetonio. Séneca tenía a la sazón cincuenta y cuatro.

* El presente trabajo forma parte de nuestra obra inédita «La muerte de Séneca en los textos clásicos» (Tácito, Suetonio, Dión Cassio), de próxima publicación. Un capítulo de ella, dedicado al preceptorado de Nerón por Séneca, es el que ofrecemos hoy en las páginas de este Boletín.

I.—LOS PRIMEROS MAESTROS

La educación e instrucción del adolescente Domicio hasta que Séneca se hizo cargo de él, estuvo un tanto descuidada, como su niñez misma. Próximo a cumplir los tres años se quedó sin padre (Suet. *Nero*, 6), aunque a decir verdad, dada la brutalidad del autor de sus días, la pérdida no fue irreparable para su formación.

Mayor importancia tuvo a estos efectos el destierro de su madre y su tía J. Livilla a las islas Pónticas, decretado por Calígula con motivo de los procesos de Léntulo Getúlico y Emilio Lépido (Suet. *Gaius*, 24), de las que no regresarían hasta la amnistía general concedida por Claudio al ser elevado al Principado (41 d. J. C.—Suet. *Claudius*, 11).

La ausencia de Agripina durante esos años, llevó aneja que el niño Lucio Domicio lo recogiera su tía Domicia Lépida (hermana de Gneo Domicio Ahenobarbo, padre de Nerón), mujer que unía a su extraordinaria belleza un talento y temperamento no corrientes, la cual se ocupó de la crianza de aquél con notable influjo en la formación del futuro Nerón, que motivó cordialísimas relaciones con ella. Esta influencia de la tía con el sobrino, al correr los años, y por la decisión de Lépida de tratar de aumentarla con quien ya se vislumbraba emperador, costaríale la vida (54 d. J. C.) por inducción de Agripina, que ni podía soportar la competencia en belleza de su cuñada y prima, ni menos perder, en beneficio de la tía, lo que como madre ansiaba para su hijo: Ver a Nerón dueño y señor del imperio. Más adelante, con ocasión de estudiar las influencias familiares en Nerón, volveremos sobre Domicia Lépida.

Los maestros que Nerón tuvo en casa de Lépida, no pudieron ser más modestos: un barbero y un bailarín, al decir de Suetonio: ...«fue educado en casa de su tía Lépida bajo la tutela de dos pedagogos, un bailarín y un barbero» (*apud amitam Lepidam nutritus est sub duobus paedagogis saltatore atque tonsore.*) (*Nero*, 6, 3).

La razón de que tan ínfimos *paedagogi* se ocuparan de la educación nada menos que de un Ahenobarbo, tan pagados del orgullo de su estirpe, era porque Calígula habíase apoderado de la herencia de Domicio Ahenobarbo, padre como sabemos de Nerón, que quedó en la mayor indigencia (*Nero ibid*). Tampoco Lépida se hallaba entonces muy sobrada de fortuna, dadas las fuertes extorsiones que Cayo había sometido a la familia ahenobarba.

Vuelta Agripina del destierro, busca inmediatamente para su hijo nuevos mentores. Su pensamiento, como hemos visto en Tácito, era Séneca. No obstante, no había llegado el momento de ofrecer al hombre más célebre de Roma el ejercicio de su maestría sobre Domicio, cuando era además lejano el plan de Agripina de apoderarse de la voluntad de su tío Claudio, el emperador reinante. No hay, sin embargo, unanimidad acerca de los maestros que tuvo Nerón hasta el momento de recibir Séneca el encargado de serlo. Suidas

(*Alexandros Aigaios*) cita dos, ya de categoría intelectual muy superior a las del barbero y el bailarín: Chaeremón, el estóico, y Alexandros, el aristotélico, de los que seguramente recibió la enseñanza del idioma griego. Josefo (*Antigüedades de los Judíos* VIII, 9), nombra a un tal Berilo, desconocido. Tácito alude de pasada a Aniceto como pedagogo de Nerón (*pueritiae Neronis educator*) con motivo del plan que urdió el malvado liberto para asesinar a Agripina en Bayas (*Ann.* 14, 3). La influencia de Aniceto sobre el ánimo de Nerón, tan propicio al mal y al descarrío en sus últimos años, fue funesta, y perduró hasta el fin de la existencia de aquél. En todo caso, la labor pedagógica de Chaeremón, Alexandros o Berilo duró poco tiempo, pues que prontamente serían sustituidos por Séneca, que a todos ellos eclipsaría como preceptor de Nerón, y que a la sazón alcanzaba, como filósofo y moralista, la cúspide de su nombradía en la Roma de Claudio.

II.—SENECA, PRECEPTOR DE NERON

El comienzo de las tareas de Séneca como preceptor de Nerón acaeció, como se ha expresado, en Febrero del 50. El año anterior Séneca, por la intervención de Agripina (consolidada ya su posición por su matrimonio con Claudio —principios del 49—), había obtenido la remisión de la pena de *relegatio in insula*, que le había sido impuesta por el Senado por la acusación que contra él se sostuvo por adulterio —cierto o no— con la bella y desgraciada Julia Livilla, la hermana de Agripina y de Calígula. La vuelta del destierro de Córcega (49 d. J. C.) representó para Séneca no solo el regreso a Roma, sino la continuación de la carrera de los honores. Suetonio nos dice, como acabamos de ver, que cuando recibió el preceptorado de Nerón era ya senador. Tácito precisa más: Por mediación igualmente de Agripina, plenamente decidida a hacer a Nerón emperador y nada más regresar del destierro, obtuvo Séneca la pretura. Pero Agripina deseaba también para Nerón una formación adecuada al alto puesto que para él soñaba, y estaba dispuesta a conseguir por los medios que fueran, como poco después lo alcanzaría por el parricidio. Y para la hija de Germánico, nadie más apto y a propósito a sus planes en quien confiar al joven Domicio que el intelectual de más fama del momento, el cordobés Lucio Anneo Séneca, ya francamente inclinado al partido de Agripina-Palas-Burro, que no tardaría en alzar a Nerón emperador. De la intención de Agripina respecto al preceptorado de Séneca, que de cierto fue un plan meditado y no una idea del momento, nos da cuenta Tácito (*Ann.* 12, 8), siempre más explícito que Suetonio respecto a Séneca: A raíz del matrimonio con Claudio:

«Agripina, para no distinguirse solo por sus malas acciones, consiguió que se levantase el destierro a Anneo Séneca, y que se le concediese la pretura. Estaba persuadida de que este acto agradecería a todos por el esplendor

de la ciencia de Séneca; además deseaba confiar a tal maestro la niñez de Domicio, para utilizar sus consejos en pro de sus esperanzas de conseguir el poder; pues se suponía que Séneca era fiel a Agripina, por el recuerdo del favor recibido, y enemigo de Claudio por resentimiento de su injusto destierro» (3), (*at Agrippina ne malis tantum facinoribus notesceret veniam exilii pro Anneo Seneca, simul praeturam impetrat laetum in publicum rata ob claritudinem studiorum eius, utque Domitii pueritia tali magistro adolesceret et consiliis eiusdem ad spem dominationis uterentur, quia Seneca fidus in Agrippinam memoria beneficii et infensus Claudio dolore iniuriae credebatur. Ann., 12, 8, 20*).

Pocos meses después de este premeditado plan de la emperatriz, Séneca recibiría como aventajado discípulo a Lucio Domicio Ahenobarbo, ya nominado, después de su adopción, *Claudius Nero Drusus Germanicus Caesar* (4).

III.—ENSEÑANZAS IMPARTIDAS POR SENECA A NERON

¿Cuáles fueron las enseñanzas que Nerón recibió de Séneca? ¿Qué ideas inculcó el preceptor al adolescente futuro emperador?. Las fuentes —Tácito, Cassio, Suetonio— no detallan esta faceta tan interesante para la pedagogía imperial. A pesar de ello, podemos deducirlo de los textos con las máximas probabilidades de acierto, y a veces, con claridad.

Primeramente hay que tener en cuenta que Nerón había cumplido los doce años cuando inició Séneca su maestría. Por tanto, ya había superado las fases pedagógicas del *litterator*, del *librarius*, del *calculator* y del *notarius*, es decir la enseñanza elemental. Igualmente es de suponer que con los pedagogos de que se ha dado noticia, hubiera cumplido también el curso *grammaticus*, y que al comenzar a recibir las lecciones de Séneca conociera ya, con la mayor perfección posible a su edad, las lenguas y literaturas griega y latina, de las que Nerón fue con el tiempo un buen conocedor y cultivador. Suetonio (*Nero*, 6) relata que pocos años después del comienzo de las enseñanzas de Séneca, Nerón defendió en latín, ante Claudio, a los habitantes de Bolonia, y en griego, a los de Rodas y a los de Troya. En esto Nerón no hacía más que seguir la costumbre de las familias aristocráticas romanas de aprender el griego al par que el latín, desde que en el siglo II a. J. C. la cultura helenística había irrumpido en Italia, y más aún en Roma, transformando en gran parte las tradicionales costumbres romanas (5). La inclinación de Nerón hacia lo helénico fue obsesión permanente toda su vida (6). Consecuentemente: La enseñanza media de la educación latina, es muy probable que Nerón ya la tuviera superada cuando comenzó a recibir las lecciones de su nuevo preceptor. Séneca comenzaría a desempeñar con su alumno (y ello



LUCIO ANNEO SENECA. Herma de Seneca-Sócrates, hallado en Villa Doménica, Roma. Conservado en el Altes Museum, Berlín. Inscripción coetánea «SENECA». La obra, de regular calidad, asocia a ambos filósofos, más por la similitud de sus muertes que por identidad de sus doctrinas o de sus conductas.

podemos deducirlo de los textos) misión de *rhétor*, en el más amplio sentido respecto a sus enseñanzas, entre ellas, y como primordial, la de la elocuencia.

También es de destacar que Nerón era no solo un joven bien dispuesto al estudio, sino que gozaba de una despierta inteligencia. Tácito, que no dudó en echarle encima todo el peso de su afilada pluma poniendo al descubierto sus muchos defectos y vicios —más de carácter y temperamento que de mente— y sus escasísimas virtudes, reconoce, a pesar de todo, que Nerón gozaba de una inteligencia poco común (*animus vividus*) en la degenerada estirpe Julio-Claudia (*Ann*, 13, 3, 25).

Examinemos con detalle lo que nos dicen los historiógrafos latinos en relación con las enseñanzas que Nerón recibió de su maestro, pero no sin advertir que un preceptor de la talla intelectual e independencia de Séneca, no se sometería en modo alguno a reglas fijas para desarrollar sus lecciones, tal y como nos muestra, por ejemplo, Quintiliano en sus *Instituciones Oratorias*, pues no era Séneca de los que aplicaban una falsilla a su preceptura, como no ciñó a ella ni su pensamiento ni su obra literaria.

Agrupemos por materias estas enseñanzas:

A.—*Filosofía*. Es curiosa la noticia que nos transmite Suetonio: Agripina, desde la infancia de Nerón, habíale desviado de los estudios de filosofía. Séneca lo hizo de la oratoria antigua:

«Ensayó desde la infancia —dice el memorialista latino— todas las artes liberales, pero su madre le disuadió del estudio de la filosofía, que, en su opinión, no podía menos de perjudicar a un príncipe destinado a reinar; su preceptor Séneca le prohibió que leyera los autores antiguos, con objeto de que su discípulo fijara solo en él su admiración» (*Liberalis disciplinas omnis fere puert attigit. Sed a philosophia eum mater averit monens imperaturo contrariam esse; a cognitione veterum oratorum Seneca praeceptor, quo diu in admiratione sui detineret*). (*Nero*, 52).

Esta última prohibición o consejo de Séneca respecto a los autores antiguos (Ennio y Cicerón principalmente), se refiere al conocido desprecio que Séneca sentía por las formas, para él arcaicas, de la literatura latina, especialmente la que habíase formado en la escuela de Cicerón, que hoy se conoce con el nombre de «asianismo» frente al «modernismo» literario que representó Séneca, precisamente lo que con el tiempo, pasado el cénit senecquista, le valdría las invectivas de Plinio, Petronio, Quintiliano, Gelio y Frontón, inclinados por las formas tradicionales (7), y hasta del propio Calígula, que en su tiempo decía de los discursos y obra de Séneca eran «simples ejercicios escolares» (*commissiones meras*) y «arena sin cal» (*et barenam esse sine calce*). (*Suet, Gaius*, 53, 4).

En cuanto a la prohibición de Agripina a su hijo de dedicarse al estudio de la filosofía, persuadida que no podía menos de hacer a Nerón incapaz para el gobierno, «el resultado —expresa Durant— vino a dar la razón a la filosofía». (8) No obstante, Nerón no fue ajeno completamente

al deleite de los estudios filosóficos, al menos a la complacencia de oír exponer y discutir a los profesionales de la filosofía:

«De sobremesa —nos dice Tácito— gustaba de oír a los filósofos y de escuchar sus disputas nacidas de la variedad y oposición de sus opiniones» (*etiam sapientiae doctoribus tempus impertiebat post epulas utque contraria adseverantium discordia frueretur*) (*Ann.* 14, 16).

B.—*Literatura*: A continuación del párrafo que hemos transcrito de Suetonio, sigue con este otro alusivo a la afición que Nerón, desde su preceptorado con Séneca, sintió siempre por la literatura, en general, y, muy especialmente, por el arte poética. Si Agripina le prohibió el trato con filósofos y el estudio de la filosofía, y Séneca le había disuadido leñera a los viejos oradores (*veterum oratorum*), nada tiene de extraño que Nerón, que siempre sintió afición a las artes liberales y buena disposición sin duda para ejercitarlas, se inclinara hacia la poesía:

«Se aficionó a la poesía —expresa Suetonio— y compuso sin dificultad ni trabajo algunas obras en verso». Y añade: «No es cierto, como se ha pretendido, que diese por suyos los de otro. He tenido en las manos tablillas y cuadernos con versos suyos, fáciles de reconocer y enteramente de su puño. Véase claramente que no eran copiados ni escritos al dictado de otro, sino que era la obra de un hombre que piessa y crea, puesto que en ellos figuran raspaduras, adiciones y palabras escritas entre líneas» (*Itaque ad poeticam pronus carmina libenter ac sine labore composuit nec, ut quidam putant, aliena pro suis edidit. Verene in manus meas pugillares libellique cum quibusdam notissimis versibus ipsius chirografo scriptis, ut facile apparet non traslatos aut dictante aliquo exceptos, sed plane quasi a cogitante atque generante exaratos; ita multa et deleta et inducta et superscripta inerant*). (*Nero*, 52).

También Tácito se hace eco de las aficiones literarias de Nerón, sin duda inculcadas, o al menos estimuladas por Séneca, si bien las aficiones literarias las sintiera Nerón desde su puericia (*Nerón puerilibus statim annis*) en quien como él tenía una despierta inteligencia (*vividum animum*): «Nerón, desde su puerilidad, torció hacia otros objetos sus despiertas facultades... y alguna vez componiendo versos, demostraba que no era extraña para él la preceptiva (*et aliquando carminibus pangendis inesse sibi elementa doctrinas ostendebat*). (*Ann.* 133, 25).

Ya emperador, Nerón se complacía en mostrar sus composiciones poéticas dentro de su círculo literario, al que era asiduo Lucano antes de caer en la desgracia imperial:

«Además, para que no creyera la gente que el emperador solamente era hábil en el arte de la escena, dió en mostrar afición a componer versos, reuniendo a su alrededor no ya a los poetas ilustres de aquella época, sino a todos aquellos que tenían algunos principios de composición poética. Estos debían hilvanar los versos que Nerón traía ya preparados y los que en el acto improvisaba, así como tomar las palabras que él pronunciaba al azar

y formar versos con ellas supliendo lo que faltase. Como fácilmente se comprenderá, las poesías así compuestas resultaban faltas de naturalidad, inspiración y unidad».

(Ne tamen ludicrae imperatoris artes notescerent, carminum quoque stadium adfectavit, contractis quibus aliqua pangendi facultas necdum insignis erat, hi cenati considerare simul et adlatos vel ibidem repertos versus donectere atque ipsius verba quoquo modo prolata supplere, quod species ipsa carminum docet, non impetu et instinctu nec ore uno fluens). (Ann 12, 16, 10).

Los textos relativos al Nerón-literato son numerosos, como los del Nerón-músico, Nerón-actor, Nerón-deportista, etc., pues conocida es la pasión que sintió por el deporte y el arte que al decir de Suetonio, como hemos visto, sintió inclinación desde pequeño. Así como su filohelenismo a partir de la pubertad, que le condujo a rendir en público tributo a las Musas, con maneras extravagantes y resultado desmedido que no hubiera llamado la atención en la Grecia clásica, pero que chocaba en la Roma tradicional por muy inclinada al epicureísmo que estuviera en la época en que Nerón imperaba.

Es de suponer que Séneca, cultivador de la poesía dramática y lírica, no se opondría a esta inclinación literaria de su discípulo, y que sus lecciones versarían igualmente sobre los diversos ejercicios del difícil género de la preceptiva literaria. Lo que no pudo prever Séneca, o, si previsto no pudo evitar, fue el histrionismo en que cayó su alumno apenas revistiose la púrpura imperial.

Pero con el tiempo la poesía no le sería muy propicia a Séneca. Y no solo a él sino a Lucano. Nerón no soportaría competencias, y menos sonados triunfos como el obtenido por el sobrino de Séneca en los juegos quinquenales, origen de la envidia del emperador-poeta, que en definitiva sería causa de la ruina de Lucano (Cfr. Tácito, *Ann.* 14, 49; Vacca, *Vita, Annaei Lucani en Anotationes super Lucanum*, 13-14; Suetonio, *Vita Lucanum*. 1-6, Dión Cassio, 62, 29, 4). También Séneca, años después de su preceptorado, luego de la muerte de Burro, debería abstenerse de hacer muestras en público de su vena poética y de los resultados de su inspiración:

«Los malos consejeros del emperador —expresa Tácito— comenzaron a atacar el prestigio de Séneca con varias acusaciones y calumnias... Le acusaban de querer para sí solo todo el mérito y alabanza de la elocuencia y de dedicarse con ahinco a componer versos, desde que Nerón había comenzado a sentir afición por este arte...» ¿Por qué —decían— no ha de haber nada bueno en la nación, que no se crea que ha sido aconsejado y hecho por Séneca?». «Le aconsejaron que, puesto que ya no era un niño y poseía el vigor de la juventud se libertase de la tutela y enseñanzas de su maestro, debiendo considerarse ya suficientemente instruido con el ejemplo de sus antepasados, los mejores maestros que podía desear» (Transcribimos completo el párrafo taciteo):

Mors Burri infregit Senecae potentiam quia nec bonis artibus idem virium erat altero velut duce amoto et Nero ad deteriores inclinabat, hi varrii criminationibus Senecam adoriuntur, tamquam ingentis et privatum modum evectas opes adhuc auget, quodque studia civium in verteret, horturum quoque amoenitate et villarum magnificentia quasi principem, supergrederetur, obiciēbant etiam eloquentiae laudem uni sibi adsciscere et carmina crebrius factitare, postquam Neroni amor eorum venisset, nam oblectamentis principis palam iniquum detrectare vim eius equos regentis, includere voces, quoties caneret, quem ad finem nihil in republica clarum fore quod non ab illo reperiri credatur certe finitam Neronis pueritiam et robur inventae adesse: exueret magistrum satis amplis doctoribus instructus maioribus suis. (Ann. 14, 52).

Muy poco después Séneca, que estaba al corriente del manejo de sus detractores, se presentó ante Nerón renunciando a su cargo de consejero del emperador, pronunciando ante su presencia el célebre discurso que Tácito nos ha transmitido (Ann. 14, 53). Se confirmaba una vez más que los tiranos suelen ser incompatibles con los poetas.

C.—*Elocuencia*: Fue en el arte oratoria en el que el cordobés puso su mayor empeño en su educación. Séneca había recibido de su padre cumplidas lecciones de retórica, instruyéndole en los secretos todos de la gama de conocimientos implícitos en ella. Para sus hijos, y ya en su ancianidad, compuso Séneca padre su obra *Oratorum et rhetorum sententiae, divisiones, colores* por la que desfilan los grandes oradores de la época: Junio Galión, padre adoptante de Novato, Asinio Polión, Mesala Corvino, Munancio Planco, Casio Severo, entre otros, lamentándose en la misma no haber podido oír a Cicerón. Escrita en un excelente latín, sin duda fue aprovechada por el hijo de quién, como su progenitor, brillaba con luz propia en el firmamento romano de la época julio-claudia.

De Séneca, maestro de elocuencia de Nerón, nos proporciona noticia Tácito: «Estos dos hombres (Burro y Séneca) que ordenaron la juventud del emperador, con un acuerdo inusitado en la coparticipación de la autoridad, eran igualmente célebres, desde distintos puntos de vista. Burro se distinguía por sus conocimientos militares y la austeridad de sus costumbres. Séneca por el arte de la elocuencia y su virtuosa afabilidad» (*hi rectores Afranius Burrus et Annaeus Seneca imperatoriae iuventae et rarum in societate potentiae concordēs, diversa arte ex aequo pollebant, Burrus militariis curis et severitate morum, Seneca praeceptis eloquentiae et comitate honesta.*) (Ann. XIII, 2, 20).

Suetonio confirma las dotes oratorias de Nerón, sin duda aprendidas de su preceptor: «Declamó frecuentemente en público» (*declamavitque sepius publice. Nero, 10, 2*); y lo confirman en *De rhetoribus*: «El emperador Nerón, que había declamado dos veces en público antes de su ascensión al trono, declamó todavía en el primer año de su principado» (*De rhet. 1*).

Contando solo diez y seis años, poco después de su enlace con Octavia, en pleno preceptorado de Séneca, obtuvo Nerón un gran éxito oratorio al recibir el encargo de defender la causa de Ilión:

«Para hacerle brillar en honrosos estudios y en la gloria de la elocuencia —escribe Tácito, y en ello hemos de ver la mano e impulso del maestro en hacer practicar a un discípulo que tanto prometía— se le encargó de la defensa de Ilión. Después de haber aludido con erudición al origen troyano de los romanos, a Eneas, origen de la familia Julia, y a otras leyendas más o menos fabulosas, obtuvo de los habitantes de Ilión fuesen considerados exentos de toda carga pública».

(*D. Iunio Q. Haterio consulibus sedecim annos natus Nero Octaviam Caesaris filiam in matrimonium accepit, utque studiis honestis et eloquentiae gloria enitesceret, causa Iliensium suscepta Roma num Troia demissum et Iuliae stirpis auctorem Aeneam aliaque haud procul fabulis vetera facunde executus perpetrat, ut Ilienses omni publico munere solverentur*). (Ann. 12, 58, 10).

Sin embargo, ya emperador, Nerón, igualmente por influencia de Séneca, abandonaría la oratoria, al menos la labor de gabinete, para dejarla en manos de su antiguo maestro, ya su consejero áulico. Nerón limitaría, pues, a pronunciar los discursos que Séneca compusiera. Esta transferencia intelectual del discípulo al maestro, comenzó nada más recibir el imperio. En los funerales de Claudio, la *laudatio mortis* que Nerón pronunció fue Séneca su compositor:

«El día de los funerales el príncipe pronunció la oración fúnebre. Mientras enumeraba el abolengo de Claudio, los consulados y triunfos de sus antepasados, la atención fue unánime; también se escuchó con gusto el relato de su autoridad en artes liberales y de la felicidad que hubo en la república durante su gobierno, pues nada lamentable ocurrió procedente de los enemigos exteriores. Pero cuando habló de su previsión y sabiduría nadie pudo contener la risa, a pesar de lo florido del discurso, compuesto por Séneca, hombre de espíritu ameno y acomodado al gusto de la época. Para los más ancianos, que gustaban de comparar el pasado con el presente. entre todos los que habían ejercido el poder supremo, Nerón era el primero que recurría a la elocuencia ajena».

(*De funeris laudationem eius princeps exorsus est, dum antiquitatem generis, consulatus ac triumphos maiorum enumerabat, intentus ipse et ceteri; liberalium quoque artium commemoratio et nihil regente eo triste rei publicae ab externis accidisse pronis animis audita; postquam ad providentiam sapientiamque flexit, nemo risui temperare, quamquam oratio a Seneca composita multum cultus praeferret, ut fuit illi viro ingenium amoenum et temporis eius auribus accommodatum, adnotabant seniores, quibus otiosum est vetera et praesentia contendere, primum ex iis qui rerum potiti essent Neronem alienae facundiae eguisse*). (Ann. 13, 3, 10-15).

Y añade Tácito esta a modo de pequeña historia de la elocuencia imperial julio-claudia:

«Porque el dictador César había emulado a los grandes oradores; Augusto poseía una elocuente rápida y fácil, como convenía a un príncipe, y Tiberio también conocía un arte especial para pesar sus palabras, unas veces con impetuoso sentimiento y otras con intencionada ambigüedad. El espíritu desordenado de Cayo César no quitó fuerza a su expresión ni se echó de menos la elegancia de los discursos de Claudio».

(nam dictador Caesar summis oratoribus aemulos; et Augusto prompta ac profluens, quae deceret principem, eloquentia fuit. Tiberius artem quoque callebat qua verba expenderet, tum validus sensibus aut consulto ambiguus, etiam G. Caesaris turbata mens vim dicendi non corrumpit, nec in Claudio, quoties meditata dissereret, elegantiam requireres). (Ann. 13, 3, 15 ss).

En este aspecto de la oratoria de Nerón emperador, parece ser que Séneca abusó de su antigua influencia con su aventajado educando. Lo probable es que éste, entregado a otros placeres carentes de honestidad y del gusto por el bien decir, dejó la elocuencia, y aún la política que tan necesaria le era, totalmente a la iniciativa y composición de su antiguo preceptor. Así, cuando a Plautio Laterano le fue devuelta su dignidad de senador por la intervención directa de Nerón, «lo devolvió al Senado imponiendo la clemencia en frecuentes discursos que Séneca daba a conocer por boca del príncipe para probar la honradez de sus preceptos o en ostentación de su ingenio (... *in Plautium Lateranum ordinem demotum reddidit senatui, clementiam suam obstringens crebris orationibus quas Seneca, testificando quam honesta praeciperet vel iactandi ingenii, voce principis vulgabat.* (Ann. 13, 11).

No obstante, de Séneca recibió Nerón también el difícil arte de la improvisación. Si hemos de creer a Tácito o lo que de cierto contengan los discursos que pone en boca de Nerón y Séneca, cuando éste quiso apartarse de la Corte se expresó así Nerón.

«A estas palabras (de Séneca) respondió Nerón en los siguientes o parecidos términos: —«Uno de los mayores beneficios que de tí he recibido es hallarme ahora en condiciones de contestar improvisadamente a tu bien estudiado discurso, pues me enseñaste a desenvolverme con facilidad de pensamiento y de expresión, no solo en asuntos previamente meditados, sino también en los que se me pudieran presentar de repente—», (*Add quae Nero sic ferme respondit quod meditatae orationi tuae statim occurram id primum tui muneris habeo, qui me non tantum praevisa sed subita expedire docuisti*). (Ann. 14, 55).

D.—*Pintura y escultura.*—Tanto Suetonio como Tácito se hacen eco de las dotes de Nerón para la escultura y la pintura:

«Sintió también un afán no mediocre por pintar y esculpir» (*Habuit et pingendi fingendique non mediocre*). (Suet. Nero. 50).

«Nerón... esculpía y pintaba». (*Nero... caelere, pingere*). (*Tác. Ann.* 13, 3, 25).

Desconocemos la intervención de Séneca en esta clase de estudios neronianos (*studium*, dice Tácito). Pero sí es conocida la pasión de coleccionista que Nerón sintió por la escultura y la pintura, especialmente por las obras griegas, reuniendo una gran colección de ellas en la «*Domus transitoria*», primero, y en la «*Domus áurea*», después. De ésta procedía la célebre escultura helenística el *Laocoonte*, trasladada después por Tito a sus termas donde fue hallada. Y en las villas de recreo neronianas se han hallado obras tan significativas como el *Efebo Subiaco* (hallada en Subiaco), y la *Fanciulla d'Anzio*, descubierta en la villa de *Antium* (Anzio), su lugar de nacimiento. El mismo ordenó al escultor Zenódoro su estatua colosal de 36 m. de altura, figurado como Helios, que se colocó frente a la *Domus Aurea*, la gran construcción residencial neroniana (Plinio, N. H. XXXIV, 45).

Pero no se contentó con eso: Continuó sus expoliaciones de obras griegas en Delfos, Tespias, Olimpia y Pérgamo. Solo de Delfos se llevó a Roma más de quinientas estatuas de bronce, y de los otros mencionados lugares el *Eros* de Praxíteles, la *Amazona* de Strongilión y un retrato de *Alejandro* de Lisipo. Y hasta quiso pillar la célebre pintura de la *Afrodita Anadiomene*, de Apeles, y al no conseguirlo la hizo copiar al pintor griego Doroteo. (9).

También a su padre ordenó alzarle una estatua (*Ann*, 13, 10); pero rehusó se le dedicaran a él estatuas macizas de oro y de plata (*ibid*).

Es de suponer que las obras escultóricas o pictóricas neronianas, no pasaran de una mediocre calidad propias de un *dilettante* como en esencia fue Nerón, a pesar de lo que digan Tácito y Suetonio de su buena disposición para ambas artes.

E.—*Música, danza, canto y declamación*.—Fueron estas cuatro actividades las que verdaderamente apasionaron a Nerón, tanto en su juventud como después de recibir el solio imperial. Sin duda que Nerón tuvo alma de esteta, en el mejor sentido de esta palabra. Pero no supo contenerse, y al no someter sus inclinaciones y sus indudables aptitudes naturales a una medida disciplinada, cayó en el ridículo personal ante los suyos y en el histórico ante la posteridad.

A la danza es muy probable que despertara su afición el bailarín que tuvo por pedagogo en casa de su tía Domicia. Para el canto, indudablemente tenía Nerón buenas aptitudes (*Tác. Ann.* 13, 3); y respecto a la música, tanto la de composición como la instrumental, especialmente la cítara, desconocemos su verdadera disposición, pues que la mala crítica de sus biógrafos se particulariza en sus actuaciones en público como citarista y como conductor de carros, actuaciones en que traspasó la seriedad exigible a un gobernante cayendo en el ridículo.

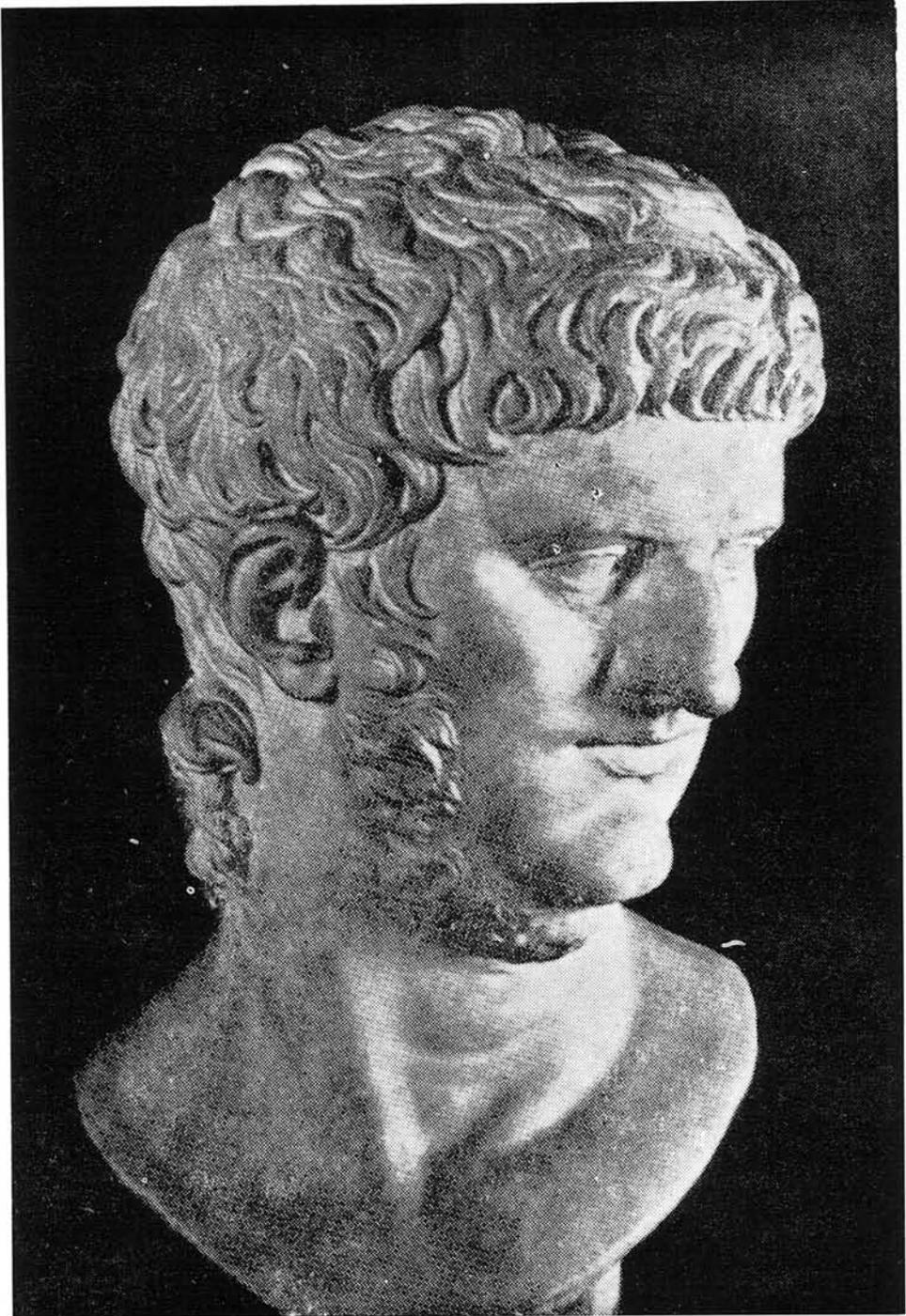
Como declamador de versos propios y ajenos, son conocidos los pasajes de Suetonio, Cassio y Tácito sobre sus actuaciones públicas, con asis-

tencia de un coro de jaleadores áulicos (los «augustianos») y una masa popular que se solazaba viendo a su emperador danzar, cantar y declamar en público, como en la célebre gira artística por Nápoles. No estaría ajeno el actor Paris, liberto de su tía Domicia, que tan señalado papel desempeñaría después en el parricidio de Agripina, de las enseñanzas de Nerón a danzar, recitar y cantar durante sus años de estancia en la casa de su amada tía.

Desconocemos hasta dónde Séneca alentó o aprobó estas indudables condiciones naturales de Nerón para ejercitar las bellas artes, frustrado que hubo su destino personal. Pero es fácil suponer del contexto de las fuentes, que se plegara en los primeros tiempos de preceptorado a los caprichos y aficiones de su educando, como implícitamente lo expresa Tácito para Séneca y Burro que retenían (*retinerent*) al emperador en sus primeros tiempos de reinado con placeres lícitos (*voluptatibus concessis*) para que no llegara a despreciar la virtud (*si virtutem aspernaretur*). (*Ann.* 13, 2, 25). Con mucha más razón estimarían, tanto Burro como Séneca, que lo mejor era dejar al joven gobernante su voluntad artística como medio de conllevar ellos el peso de hecho del gobierno del Estado. Y cuando, más adelante, Nerón abordara abiertamente su propósito de actuar públicamente tomando parte en las carreras de cuadrigas y cantar acompañado de la cítara, no pudiendo resistir más el verse privado de estos pasatiempos, «les pareció conveniente a Séneca y Burro darle gusto en uno de los dos, para no obligarlo a reprimirse en ambos» (*Senecae ac Burro visum ne utraque pervinceret alterum concedere*). (*Ann.* 14, 14, 5). Y fue precisamente por estas concesiones por las que empezó a llegarle a Séneca la pérdida del favor imperial: «Después de la muerte de Burro, debilitado grandemente el poder e influencia de Séneca, como expresa Tácito, los malos consejeros del emperador empezaron a atacar su prestigio en varias acusaciones y calumnias. Entre otras acusaciones decían que «se mostraba descaradamente opuesto a las diversiones y gustos del emperador, haciendo escarnio de su fuerza y destreza en guiar caballos y burlándose de su voz cuando cantaba» (*nam oblectamentis principis palam iniquum detrectare vim eius equos regentis includere voces, quoties caneret Ann.* 14, 52, 5).

F.—*Etica*.—Al comenzar Nerón su principado en 13 de Octubre de 54 (*Tunc medio dici tertium ante Idus Octobris*). (*Ann.* 69), faltábale dos meses para cumplir diez y siete años. No había cumplido los catorce años cuando recibió la toga viril, «para que pareciese estar más apto para el gobierno del Estado». (*Ti. Claudio quintum, Servio Cornelio consulibus, virilis toga Neroni naturata quo capessendae reipublicae habilis videretur*). (*Ann.* 12, 41; Suetonio, *Nero*, 7). Antes del imperio la edad para cambiar la toga *praetexta* por la *viril*, eran los diez y siete años. En la época imperial se rebajó a los quince. La mayor edad oficial de Nerón fue, pues, una excepción.

Tácito acierta una vez más en la motivación del anticipo de la mayor edad neroniana: El aparentar idoneidad para los negocios de la república (*quo capessendae reipublicae habilis videretur*). En realidad, todos los hechos



LUCIO DOMICIO NERON. Busto en mármol en el Museo Capitolino, Roma. (Nerón luce la barbula y representa unos diez y ocho años, en plena influencia de Séneca, su preceptor).

que se sucedieron en la familia imperial desde el casamiento de Agripina con Claudio hasta la muerte de éste e imperio subsiguiente de Nerón, estuvieron encaminados y dirigidos por Agripina con la finalidad exclusiva de hacer a su hijo emperador. Y esto para el preceptorado de Séneca desde el ángulo ético, es decir, la idea de que Nerón sería el sucesor de Claudio, tuvo decisiva importancia. Examinemos brevemente cuáles fueron estos acontecimientos.

En 49, no sin cierta oposición popular, se celebra el susodicho matrimonio de Claudio con su sobrina Agripina. Poco después se desposaba Nerón con Octavia. En 51 (quinto consulado de Claudio y Servio Cornelio Orfito), Nerón entraba por su adopción en la *gens Claudia*, en virtud de la ley Neronia que con carácter especial para el caso se aprobó por las curias (*Ann.* 12, 26; *Suet. Nero*, 7). Pero la adopción llevó consigo no solo los efectos civiles propios del nuevo *status familiae*, sino el decisivo de que en el orden sucesorio, al menos presuntamente, se anteponeía Nerón a Británico, tres años menor que su primo y hermano adoptivo: «Después de todo esto nadie hubo tan cruel que no se compadeciese de la desgracia de Británico» (*quibus patris, nemo adeo expertus misericordiae fuit, quem no Britannici fortuna maerore afficeret*). (*Ann.* 12, 25). Dentro de ese mismo año «ante las adulaciones del Senado consintió (Claudio) en que Nerón, cumplidos los veinte años, fuera designado cónsul y que entre tanto lo fuera electo con poder proconsular de Roma». A su vez recibió el título de «Príncipe de la Juventud». (*Ann. ibid*), que había instituido Augusto para sus nietos Lucio y Cayo.

Igualmente en el transcurso del año 51 se produjo el incidente entre los dos aspirantes al imperio, Británico, con mejor derecho natural, y Nerón, con derecho que pudiéramos decir de primogenitura por su entrada en la familia de los Claudios y ser tres años mayor que Británico. El incidente, nimio en sí y cosa de muchachos, tuvo transcendencia, como veremos inmediatamente. Consistió en que habiéndose encontrado un día ambos príncipes, Británico le llamó por su nombre anteadoptivo, Domicio, según Tácito (*Ann.* 12, 41), o Ahenobarbo (cognomen que venía a significar «bronceo» por el color rojizo del pelo de los Ahenobarbos) según Suetonio (*Nero*, 7), lo que significaba un mayor desprecio hacia su primo, ya considerado legalmente un Claudio. El leve incidente fue aprovechado por Agripina para suprimir a Británico sus mejores educadores y poner otros a su gusto, como poco antes había alcanzado el relevo a sus libertos y a los tribunos y centuriones afectos a Británico (*Ann.* 12, 41). (Recuérdese al efecto que Nerón ya se encontraba desde el 50 recibiendo las lecciones de Séneca).

Agripina aprovechó igualmente este incidente, para dar uno de sus golpes maestros, ella que tan fecunda fue en intrigas y estrategias de toda índole: La destitución de Lucio Geta y Rufrio Crispino como prefectos del pretorio y el nombramiento para el cargo único de Afranio Burro, con Palas los valedores más eficientes de aquélla. (*Ann.* 12, 42).

Por último, en Octubre del 54 acontece el regicidio de Claudio, y, lue-



JULIA AGRIPPINA MINOR, Madre de Nerón, con la diadema imperial concedida el año 50 d. J. C. (Tácito, Ann. XII, 26, 2; Suetonio, Nerón, 9, 1). Busto en mármol en el Museo Arqueológico Nacional, Madrid. (El retrato, a pesar de su deterioro, muestra la gran belleza de Agripina, adorno externo de un carácter indomable, una ambición sin límite y una valentía personal de la que hizo gala hasta sus últimos momentos).



go de unas horas, tal vez días, de ocultación de la verdad de la muerte del emperador, y tras un intento del Senado de restauración de la República, se produce en 13 de Octubre. (Suetonio: *Nero*, 8, precisa incluso la hora: entre la sexta y la séptima, o sea entre las doce y la una), la ascensión de Nerón al solio imperial, no sin el apoyo de la guardia pretoriana al frente de Burro, que debidamente escoltaba al ya emperador en su marcha al pretorio, primero, y al Senado, después.

De consiguiente, Agripina se valió para conseguir su ambicioso proyecto de hacer a Nerón emperador a toda costa de estos factores:

1.º) De dos matrimonios: El suyo con Claudio, y el de Nerón con Octavia.

2.º) De un elemento sentimental hábilmente manejado: La adopción de Nerón por Claudio que configuraba a Nerón como futuro emperador.

3.º) De un factor intelectual: El preceptorado de Séneca para su hijo, en el que confiaba Agripina «*para utilizar sus consejos en pro de sus esperanzas de conseguir el Poder (para Nerón)*». (*utque Domitii pueritia tali magistro adolesceret et consiliis ejesdem ad spem dominationis uterentur* (Ann. 12, 8).

4.º) De otro militar, representado por la destitución de los antiguos prefectos del pretorio y nombramiento subsiguiente de Burro.

5.º) Del parricidio de su esposo, Claudio.

6.º) De la decisiva intervención de Burro, como prefecto de las cohortes pretorianas, a favor de Agripina y Nerón.

Así, pues, desde que Séneca se hizo cargo del preceptorado de Nerón a principios del 50 y durante los casi cinco años que duró el mismo, todas sus facultades pedagógicas hubieron de estar dirigidas a un fin exclusivo: a hacer de Nerón un hombre de Estado, perfecto conocedor de los negocios públicos, y, a ser posible, un soberano moralmente ejemplar. Estas fueron las intenciones; los resultados serían muy otros.

Que Séneca se propuso ordenar a su discípulo en los principios de una sana educación moral, está fuera de toda duda. Posiblemente no tratara de atraerle íntegramente a la normativa de la *Stoa*, cual con el propio Séneca, en su juventud, habían procedido sus maestros, especialmente Atalo, a quien siempre veneró (cfr. *Epístola CVII*), y como después él mismo lograría con sus amigos Sereno y Lucilio de llevarles al sendero real del estoicismo. Con Nerón bastaría a Séneca con su buena disposición inicial, su ánimo despierto y su edad —la más propicia a una perdurable influencia—, para intentar conseguir del mismo su inclinación hacia la *virtus*. Precisamente, al comenzar la educación del príncipe, Séneca había expuesto, breve pero sustanciosamente, sus ideas sobre la educación de los niños y la juventud (cfr. *De Ira*, II); sobre las que más tarde volvería a insistir (cfr. *De brevitae vitae*, VII; *De tranquillitate animi*, IX; y *De constantia sapientis*, XII). A ellas, pues, y a los principios de la ética senequista, basada fundamentalmente en que la felicidad es el objetivo de la vida, pero el camino que a ella

conduce no es el placer sino la virtud, y a su vez, en el rigorismo que hay que mantener para con las propias faltas en la misma medida que la indulgencia para con las del prójimo, debió ajustar Séneca la educación moral de Nerón durante el tiempo que duró su formación y aún en el transcurso del llamado *quinquennium Neronis*.

El resultado de la paciente confrontación de Séneca con su educando, «de momento», y en lo que cabe en una naturaleza como la de Nerón, no pudo ser mejor. Puede decirse que el moralista triunfó en toda la línea sobre las viciosas inclinaciones naturales de aquél, y, sobre todo, contra los resabios que en el joven Domicio habían dejado los pedagogos de su niñez (el bailarín y el barbero) en casa de su tía Domicia, y los ayos que le rodearon, en especial el liberto Aniceto que tan perversamente útil le sería tiempo después. Cuando Nerón ocupó el trono vacante, Séneca, al menos en teoría ideal, había moldeado moralmente a su discípulo, si es que la hipocresía (vicio de carácter no presumible a los diez y siete años aunque en Nerón todo era posible) no ocultaba las verdaderas intenciones del joven emperador. Esta buena disposición de quien iba a regir los destinos de Roma explica la docilidad con que se plegó a los dictados de Séneca en lo político, y a los consejos de Burro en lo militar, como rectores que habían sido de la juventud del príncipe (*recto imperatoriae iuventae. Ann. 12, 2*). En este caso la alabanza alcanza por igual a quien como Séneca se propuso inculcar a su discípulo las reglas del bien común, como a Nerón —aún a reserva de sus perversas acciones posteriores—, que estuvo presto a cumplirlas y de hecho las cumplió en los primeros años de su principado. El inmediato resultado a su vez de estas normas éticas llevadas a la práctica de consuno por el trinomio Séneca-Burro-Nerón, no pudo ser más halagüeño, espectacular y prometedor: Agripina, desplazada de la dirección de los negocios públicos, una vez abortada que fue la serie de crímenes que por su exclusivo designio se cometieron apenas confirmado su hijo emperador (cfr. *Ann. 12, 1 y 2*); el Imperio, dirigido de hecho por un filósofo, pareciendo cumplirse el ideal platónico del gobierno por la filosofía, y por un militar, Burro, de competencia y austeridad comprobadas, y en el exterior por militares de prestigio como Corbulón; el Senado, restituído en el prestigio y autoridad que había perdido con la autocracia de Tiberio, la vesania de Gayo y el abandono de Claudio de su propia dignidad imperial en manos de libertos, restitución de la autoridad senatorial que si no íntegramente la de los tiempos tradicionales, sí al menos tal cual Augusto le había reconocido; y por último, un príncipe dispuesto a seguir las reglas del juego político acomodando su conducta pública y privada a las normas éticas recibidas, luego de su período de formación, de su preceptor, Séneca. Esto explica que el programa que expuso Nerón ante el Senado inspirado en la pragmática senequista, del que nos dan buena cuenta Tácito (*Ann. 13, 4*) y Suetonio (*Nero, 10*), tuviera feliz cumplimiento durante el quinquenio que con tanto entusiasmo alabarían Nerva y Trabajo (10).

Sin embargo, del buen camino que seguía Nerón con admiración y aplausos de todos, —salvo el de su madre, que nunca le perdonó su desplazamiento del Poder—, una vez pasada la euforia de los momentos iniciales, se fue desviando a medida que sus rectores, Séneca y Burro, iban haciendo concesiones a los caprichos del soberano y afianzándose éste en su soberanía, hasta precipitarse en los sangrientos tiempos de mediado su reinado, para llegar a la orgía final que hizo de Nerón un execrable soberano. Pero este desenfreno neroniano subsiguiente al esplendor de los primeros años de su imperio, lanzándose a la ejecución de los más abominables crímenes; a las más disparatadas medidas de gobierno; a desmesuradas exhibiciones histriónicas; al derroche sin límite de los caudales públicos tan pacientemente ahorrados por Tiberio y Claudio, en definitiva, a la quiebra más absoluta como hombre y soberano, arrastró no solo a Nerón sino que afectó al prestigio de su antiguo preceptor, juzgado ya en su época con gran dureza.

En efecto: Nadie más discutido que Séneca en su aspecto de educador de Nerón. Como filósofo, como moralista, como político, como literato, inclusive como hombre privado, la figura del moralista hispano nunca fue indiscutible ni en su tiempo ni en el inmediato posterior; por el contrario, el nombre de Séneca siempre anduvo en disputa, tanto entre sus contemporáneos como en tiempos modernos, salvo el largo paréntesis de la Edad Media que le situó en la cima de la estimación teniéndosele casi por un santo, y en el Renacimiento, que tanto le imitó y admiró, por un sabio. Pero superadas estas fases de apogeo senequista (al que hoy parece volverse, dada la proliferación de estudios sobre el mismo), su nombradía, su prestigio, frecuentemente ha estado —como lo estuvo en su tiempo— sujeto a revisión, pudiendo decirse corren parejos en número los panegiristas con sus detractores.

Pero entre todas las polémicas que Séneca o su obra han suscitado, ninguna como la de Séneca *praeceptor* de Nerón. «Podemos afirmar —expresa Oroz Reta— que no ha habido período histórico que no se haya revisado o emplazado la sombra de Séneca, tratando de las más diversas maneras ora de rechazarla violentamente, ora de hacerla suya una vez más» (11).

A nuestro juicio, la cuestión está mal planteada por unos y otros, detractores del Séneca-educador de Nerón, o ensalzadores de su obra literario-moral que no admiten otro fracaso que el debido exclusivamente a lo que dependió del alumno. Como en general sucede con los estudios que se han hecho sobre Séneca en cualquiera de las facetas que se le contemple, se le juzga por lo común teniendo en cuenta las fuentes de conocimiento de manera parcial y unilateral. Los detractores sólo atienden a los resultados y a cuanto les interesa de las fuentes históricas, rechazando lo que de éstas o de la obra literaria de Séneca perjudica a sus tesis. Los panegiristas, por el contrario, analizan solamente la obra literaria senequiana desechando, o tratando de desconocer, los textos históricos. Consecuencia: Los primeros sólo valoran el resultado, lo que es; los segundos, la intención, lo que debe ser. Y con este

modo de ver la cuestión, la oposición entre ambas posiciones será siempre irreconciliable.

La realidad es que Séneca, como preceptor de Nerón, fracasó parcialmente. Pasada la primera época de esplendor en la que parecía que Nerón iba a emparejar su buen gobierno con el de Augusto, el resto —el más largo en el tiempo— sólo fue una orgía sangrienta y ridícula, unida a un abandono total de las funciones de gobierno por parte del más obligado a gobernar: el emperador. El que pudo ser glorioso, justo y espléndido Principado (y de hecho lo fué durante un quinquenio), se transformó en odioso Despotado en el que la sangre inocentemente vertida teñía las extravagancias del déspota. Como contraste, la obra literaria senequiana triunfó de manera absoluta en el tiempo, al punto que la moral que la misma nos ofrece moldeó a varias generaciones e influyó decisivamente en mentes de primera línea universal. El emperador, educado por un filósofo moralista, ciertamente, fracasó. Por el contrario, la obra literaria y filosófica de ese mismo filósofo gozó en su tiempo las mieles del triunfo que persiste a lo largo de los siglos, siquiera en los tiempos inmediatamente posteriores a Séneca, y no precisamente en la juventud para quien seguía siendo su ídolo literario, arremetiesen contra él, y contra su misma obra, no escaso número de autores de esa época post-senequiana.

Pero entre el emperador y el moralista se interpone la realidad del Nerón-hombre y del Séneca-hombre, y ahí estuvo a nuestro juicio precisamente la quiebra que se produjo en la actuación de uno y otro.

El fracaso de Nerón como educando, que arrastró al hombre y al gobernante, sobre todo a partir de las muertes de Agripina y Burro y consiguiente apartamiento de Séneca de los negocios de Estado, además de las circunstancias-ambiente de la época propicias a la perversión de costumbres, se debió a múltiples factores dimanantes ora de la propia personalidad de Nerón ya de sus antecedentes familiares; por tanto, causas ajenas por completo a la voluntad de Séneca.

De las costumbres de la época (factor exógeno) nos basta, entre un sinnúmero de testimonios que podrían aducirse, lo que el severo Tácito nos dice al respecto: «Era un tiempo en que el vicio resultaba atrayente a toda suerte de hombres. En un ambiente así, no cabía esperar que el soberano llevara una vida austera y de renunciamiento» (*Ann.* 15, 63). Nerón se sintió inmerso en un mundo cortesano, pervertido y amoral, en el que ni el ejemplo de su propia madre podía servirle de estímulo ético. Incapaz de frenar sus instintos, las enseñanzas morales recibidas de su preceptor, sólo «barnizaron y liberaron su intelecto, pero no maduraron su juicio» (12). Fué uno más en la Roma epicúrea (en su sentido peyorativo), a los que en vano la filosofía del estoicismo podía contener y moldear, salvo a élites muy cultivadas.

Otro factor que influyó no poco en dar rienda suelta a la inmoralidad neroniana haciendo saltar toda clase de frenos inhibitorios, fué su total descreimiento religioso. Séneca, como cualquier filósofo, haciéndose eco del eterno conflicto entre la filosofía y la religión, había procurado inculcar a su

alumno amor a la sabiduría, sin olvidar su estímulo hacia la norma moral. Nerón aceptó superficialmente la primera, hizo poco caso o ninguno de la segunda, pero no sintió inclinación alguna por la religión: «Mostraba profundo desprecio por todos los cultos —expresa Suetonio—, excepción del de una diosa siria (¿Atargatis?) pero concluyó por burlarse de él también hasta el punto de orinar sobre su estatua». (*Nero*, 56). Sin el freno de la filosofía, de la moral o de la religión, en una Roma que, aún afectada fuertemente de escepticismo no había roto por completo los lazos con su pasado profunda y tradicionalmente religioso, el «producto Nerón» no pudo ser otro que el que fue.

IV.—LAS VIVENCIAS - RECUERDO

Toda personalidad, ya sea normal o psicopática, se desarrolla, y este desarrollo es producto, de un lado, del crecimiento y desenvolvimiento de la constitución, y de otro, del destino y las vivencias. Para que exista, pues, un desarrollo anormal es menester la existencia de una personalidad anormal, más el destino y las vivencias (Jaspers). Nerón fué una personalidad anormal. En qué consistió su anormalidad lo examinaremos más adelante. El destino, esto es la ocasión de manifestarse esa personalidad anormal, se ofreció a Nerón en múltiples ocasiones a lo largo de toda su vida, incluidas las edades infantil y pubertad. Sin embargo, aquí nos interesa destacar solamente algunas de estas vivencias de la niñez y adolescencia de Nerón, cuyo recuerdo, a'ojado en el desván de su memoria (subsciente), debieron dejar huella profunda en el plano psíquico neroniano, influyendo paulatinamente en la formación de su *yo*. De estas vivencias-recuerdo las de más especial significado fueron las que tuvieron por escenario el ambiente familiar y por protagonistas a sus propios familiares. A uno y otros vamos a dedicar las líneas que siguen.

A.—Agripina, la madre

La personalidad de Julia Agripina, madre de Nerón, es sobradamente conocida. Solo vamos a resaltar aquí los rasgos más salientes de ella, uno de los caracteres femeninos más interesantes, psicológicamente, que produjo el mundo romano, un verdadero arquetipo.

Bella, inteligente, taimada, a menudo cruel y siempre valiente como lo demostró en el momento de su muerte, sensual y fría al par, sabía penetrar en las causas y medir los efectos de su bien estudiadas acciones. Pero sobre todo, fué una gran ambiciosa, para sí, primero, y extrapolada a su hijo único, Nerón, después. Quizás una sola frase suya resuma toda la personalidad de esta mujer singular, que hizo de su ambición de poder la razón de su existencia y el norte de sus pasos:

«Agripina —escribe Tácito— sabía ya de muchos años atrás (al de su

muerte) el fin que había de tener, pero ya lo había aceptado desde entonces gustosa, pues habiendo ido a consultar a unos astrólogos caldeos sobre el porvenir de Nerón, les respondieron que sería emperador y mataría a su madre, a lo que ella respondió:

«Que me mate con tal de que sea emperador» (*occidat, inquit, dum imperat*), (Ann, 14, 9-10). Igual repite Dión Cassio (LXI, 2).

Lo demás de Agripina es conocido: Su destierro por Calígula (Suet. *Gaius*, 29) y vuelta a Roma al advenimiento de Claudio (41, d. J. C.); su casamiento con C. Passieno Crispo, el amigo de Séneca (Suet. *Nero*, 6; y de *Gam. et. Reth.*); su odio feroz a Mesalina al que esta correspondía con el suyo (Tac. *Ann.*, lib. XI; Suet. *Claudius*, *Nero*); sus carantoñas a Claudio seguidas del matrimonio entre tío y sobrina (Tác. *Ann.* XII, 1 y Ss); su propósito firme de hacer a Nerón emperador sirviéndose de Séneca, Burro y Palas (Tác. *Ann.* 12, 42); su ambición satisfecha al verle en el solio imperial; su intento de dominación al hijo acudiendo a todos los procedimientos, incluso los lascivos, para que Nerón cayera en la comisión de incesto (Tác. *Ann.* 13, 13); su espionaje, a través de las cortinas, de la marcha de la política romana (Tác. *Ann.* 13, 5); su apartamiento de la corte por la intervención de Séneca y Burro (Tác. *Ann.* 13, 16 a 19); el odio feroz de Nerón hacia su madre seguido del plan de Aniceto para asesinarla (Tác. *Ann.* 14, 4-8) y, finalmente, su trágica muerte en Bayas acogida con valentía y serenidad impresionantes. (Tác. *Ann.* 14, 8). Toda una tragedia shakespiriana.

Ello hizo que las vivencias de Nerón de su madre, singularmente las de su niñez y primera juventud, a la que nunca amó, actuaran en su psique y en su mente a modo de obturador cerrando el circuito de sus sentimientos, si es que alguna vez los tuvo, predisponiéndole a su precipitación en el abismo psicológico que convertiría a Nerón en un monstruo, al que, por mucho que lo intentara su preceptor, Séneca, no pudo dominar, ni moldear con su influencia.

B.—Los padrastros:

a.—Cayo Passieno Crispo

Nerón tuvo dos padrastros, Cayo Passieno Crispo y su tío-abuelo el emperador Claudio. El desfavorable signo histórico que por regla general acompaña a esta clase de familiares, hubo de conocerlo por partida doble Nerón, que estaba próximo a cumplir siete años cuando Agripina, a su regreso del destierro, al que había ido viuda, contrajo en 44 nuevo matrimonio con Passieno Crispo. Este había estado casado en primeras nupcias con Domicia, tía paterna de Nerón, hermana por tanto del primer marido de Agripina. Una vez libre Passieno de su primer vínculo conyugal, contrajo nuevo matrimonio con la madre de Nerón para quien la consecución de esta unión fué

una de tantas intrigas. Domicia, como se verá más adelante, no perdonaría a su ex-cuñada el haberle privado de un marido que, al decir de Séneca, gozaba de reconocidas virtudes personales (13).

Passieno, nacido en Vissellium, era hombre riquísimo amén de orador famoso, reputación que heredó de sus mayores que igualmente habían cultivado el arte de Cicerón. Ya en tiempos de Tiberio se había distinguido por su elocuencia, y se hizo célebre una frase suya en relación a Calígula, que, no obstante la condena de su madre y el destierro de sus hermanos, se esforzaba en imitar a Tiberio en traje, semblante y modales, origen del comentario de Passieno: «Que jamás hubo mejor esclavo [Calígula] y peor dueño» [Tiberio].

Mas la unión con Agripina duró sólo unos pocos años, enviudando de nuevo aquélla, no se sabe si a causa de muerte natural del esposo o por veneno suministrado por Agripina, tan experta en tósigos, si hemos de creer a Plinio, que es quien nos suministra noticias sobre este segundo matrimonio de la hija de Germánico (Cfr. *Nat. Hist.* XVI).

La convivencia de Nerón con su padrastro debió ser agradable dado el bondadoso carácter del orador. Que Nerón (o Agripina) supo atraerlo al máximo de afecto familiar, lo prueba ciertamente que a su fallecimiento, natural o provocado, Passieno dejó heredero de su gran fortuna a Nerón (Suet. *Nero*, 6). Generosidad *post mortem* que vino a resolver la mala situación económica que atravesaba Agripina por la incautación que de la herencia de su primer esposo había hecho Calígula (Suet. *Nero*, 6). Hasta aquí, normal la situación familiar, salvo la anómala terminación de sus días por Passieno, si cierto fue su envenenamiento provocado.

Pero resulta que Passieno era un hombre que tenía una rara inclinación configurada como una pasión anormal, morbosa: Además de su amor por Agripina, que es de suponer lo tuviera, lo que sí se sabe es que sentía una extraña pasión por... ¡un árbol!: En las proximidades de Túsculo, Passieno poseía una villa rodeada de un bosque de hayas. Passieno, por una de esas raras chifladuras que se apoderan de algunas personas, sentía una especial predilección por una de las hayas, con la que se sentía encariñado, a extremo tal que pasaba largas horas junto a ella, la abrazaba y mimaba como a una amada (Cfr. Plinio, *Nat. Hist.* XVI). Pero resulta que también Nerón se entregó a otra rara contemplación (*superstitio* la llama Suetonio), que al decir del mismo fué la única en que persistió.

«Consistía en venerar una muñeca, que le había regalado un hombre del pueblo, a quien no conocía, como amuleto contra las celadas de sus enemigos. Fué descubierta poco después una conspiración (tal vez se refiere Suetonio a la de Pisón), y con este motivo hizo de aquella muñeca su divinidad suprema, la honró con tres sacrificios por día y quiso que se creyese que le presagiaba el porvenir» (Suet. *Nero*, 56). Extraña manía la de ambos, el padrastro y el hijastro, que en el aspecto psicoanalítico hubiera hecho las delicias de Freud.

b.—El emperador Claudio

Del segundo padraastro de Nerón, Claudio, las vivencias recuerdo de la época infantil, anteriores al matrimonio del emperador con su madre, debieron ser más intensas que las de su anterior padraastro, Passieno. De momento, Agripina le recordaría alguna vez que cuando nació, llegado el *lustricus dies*, y poco antes de la ceremonia de purificación para recibir su nombre, habiéndole pedido a Calígula que designara el nombre que más le agradase para su sobrino, Cayo le gastó la broma pesada, tan del talante de Calígula, de, al ver pasar a Claudio por los corredores de palacio, decirle le pusieran «Claudio» lo que rechazó de plano Agripina *porque Claudio* —expresa Suetonio— *era entonces la vergüenza de la Corte* (Nero, 6). Años después, la vergüenza se convertiría en honor, cuando al ser adoptado Nerón recibiera el nombre de Claudio que otrora rechazara su madre como poco honroso para su ilustre hijo.

Otra vivencia-recuerdo neroniana por el peligro que corrió su vida, fué el intento de Mesalina de estrangularle mientras dormía. La influencia de Agripina, vuelta del destierro, había elevado tanto a Nerón que la esposa de Claudio vió en el mismo —y no se equivocaba— un peligroso rival de su hijo Británico (Suet. Nero. 6). Al parecer, los asesinos huyeron espantados al contemplar una serpiente que salía de su lecho. Suetonio da solo como rumor la tentativa de asesinato de Nerón. Pero Tácito, que silencia la maquinación homicida de Mesalina, repite la historieta de la cu'ebra. (Ann. 11, 11). Nerón contaba a la sazón diez años.

Pero de la convivencia familiar de Nerón con su padraastro Claudio, padre adoptivo desde el año 50, las impresiones que debieron dejar huella más profunda en su psique, fueron sin duda el matrimonio de su madre con aquél y su muerte provocada por Agripina.

Cuando Claudio contrajo matrimonio con Agripina (año 48), Nerón estaba próximo a cumplir los once años, edad suficiente para que un estímulo vivencial de esta naturaleza produjera su correspondiente impacto psíquico. El matrimonio, legalmente, era incestuoso. Lo consideraba así la ley *Iulia de maritandis ordinibus*. De añadidura, el matrimonio se había llevado a través de una pugna entre las dos candidatas más calificadas: Agripina y Lolia Paulina, ex-esposa de Calígula. Pero Agripina venció gracias a la influencia y artimañas de Palas, y, sobre todo, porque la convivencia con su tío en el palacio imperial le deparaba ocasiones de encender la lascivia del sexagenario Claudio aprovechando —al decir de Suetonio (*Claudius*, 26) y Tácito (Ann. 12, 5)— el derecho que como sobrina tenía de abrazar al emperador, su tío.

Sobornados algunos senadores (Suet. Nero, 26) y convencidos el resto por Vitelio (Ann. 12, 5, 6, 7) celebróse la unión, previo decreto del Senado que autorizaba los matrimonios entre tíos y sobrinas (Nero. 26; Ann. 12, 7). Poco antes, Claudio había derogado el precepto añadido por Tiberio a la *lex Papia et Poppea* que suponía a los sexagenarios incapaces de engendrar.

Pero la transcendencia social que este matrimonio tuvo, aparte la política,

fue su impopularidad: No encontró a nadie que quisiese seguir su ejemplo, exceptuando un liberto y un centurión primipilario (*Nero*, 26), entre el estado llano, y una sola persona, Tito Aledio Severo, entre los caballeros (*Ann.* 12, 7). Roma tenía una nueva emperatriz; Nerón un segundo padrastro. Desde ese instante el joven Domicio se convertiría en instrumento de la ambición de su madre, para unos años después alzarse en protagonista exclusivo del drama que iba a desarrollarse a lo largo de casi catorce años de reinado.

Y por último, la muerte de Claudio. Cuando ésta le llegó en la forma alevosa que Agripina ideó para acabar con el emperador, Nerón se hallaba en la plenitud de la recepción de sus lecciones por Séneca. No había cumplido aún los diez y siete años y apenas si hacía un año que había contraído matrimonio con Octavia, otro gran error humano de Agripina.

La muerte de Claudio, trágico pórtico con que se inició el reinado neroniano, tuvo un doble efecto: De un lado, abrió las puertas del imperio a Nerón. Era el aspecto político. Pero de otro, en la faceta humana, psicológica, que es la que aquí más nos interesa, a Nerón le señaló un camino, el de asesinato, para conseguir sus propósitos. Cuando Agripina ordenó al eunuco Haloto que sirviera a Claudio su manjar favorito, un plato de setas, en realidad estaba anticipando su sentencia de muerte. Porque el impacto mayor que la mente de adolescente de Nerón recibió fué éste: Su padre adoptivo por ley, tío-abuelo por la sangre, emperador por derecho, y padrastro por matrimonio, había sido eliminado del mundo de los vivos y de las delicias del Poder por la vía innoble del parricidio cometido por la madre. Ante ello, toda la labor educativa de Séneca, todos sus afanes y propósitos viniéronse a tierra, pues en una mente como la de Nerón, propensa al desequilibrio, los acontecimientos debieron operar como un auténtico huracán psicológico que a lo largo de su vida no podría olvidar.

El parricidio fué obra exclusiva de Agripina, sin más connivencia que Locusta, que preparó el veneno, Haloto, que lo administró, y Jenofonte, el médico de cámara, que dió el golpe final ante la resistencia de Claudio a los efectos de aquél (*Ann.* 12, 66, 67). Tal vez Palas, tan de la intimidad de Agripina, no estuviera ausente de la torpe acción. Pero ni a Séneca ni a Nerón puede inculpárseles, si bien a éste, Suetonio, le acusa de complicidad en los hechos. Lo que sucedió es que el secreto del envenenamiento de Claudio fué un secreto a voces y por tanto no pudo mantenerse como tal. Séneca, aun de forma anónima, lo dejó entrever en la *Apocoloquintosis*, y Nerón, con el cinismo de que siempre hizo gala, «repetía de continuo un proverbio griego que encomiaba las setas como manjar divino» (*Suet. Nero*, 33), que le implicaba, si no en una complicidad directa que históricamente no está probada, sí en el exacto conocimiento que tuvo de la acción, que le abrió, de mala manera, las puertas del Imperio.

C.—Las tías paternas

a.—Domicia Lépidia

Del matrimonio de Lucio Domicio Ahenobarbo con Antonia la Mayor hubo tres hijos: Cneo Domicio Ahenobarbo, padre de Nerón, Domicia y Domicia Lépidia, éstas de consiguiente tías maternas de Nerón. Para ellas será nuestra atención. Comencemos por la menor, Domicia Lépidia.

Como se expresó más arriba, Nerón iba a cumplir tres años cuando fué recogido por su tía Domicia Lépidia al salir Agripina para el destierro (año 40). En casa de Lépidia permaneció Nerón todo el tiempo que su madre estuvo relegada, aproximadamente año y medio. Y allí recibió a los primeros maestros, de ínfima categoría ciertamente. Pero todo esto, en sí, nada nos diría a los efectos que nos proponemos resaltar, si no fuera porque en la biografía de Domicia cuentan dos hechos que cobran una especial relevancia, uno, que no pudo conocer directamente Nerón por no haber nacido aún, pero que con el tiempo le llegaría noticia con toda probabilidad. Otro, que sí le fué sabido.

Por lo que al primero respecta, la tía de Nerón y su hermano Cneo Domicio, padre de aquél, reinando Tiberio, habían sido acusados de relación no casta (que este era el sentido de *in caestus*, forma frecuentativa de *castus*). La acusación formal se produjo el mismo año de la muerte de Tiberio (37 d. J. C.), es decir, el del nacimiento de Nerón. Ambos hermanos se libraron del castigo por la muerte oportuna del emperador y subsiguiente advenimiento de Calígula, amigo íntimo del padre de Nerón (Suet. *Nero*, 5, 2). Es de suponer, con cierto fundamento, que la historia de estas relaciones ilícitas, seguidas de la acusación de incesto contra Cneo y Lépidia, llegaría a ser conocida durante su niñez o adolescencia por Nerón, entregado por su tía durante la forzada ausencia de Agripina a la guarda de ayos poco escrupulosos. Y sabida es la inclinación malsana cuando no intencionada, de los criados con los niños de hacerles sabedores de las aventuras amorosas de sus mayores. En el caso de Nerón no hay motivo para suponer fuera la excepción, aparte lo que éste pudo conocer, ya adolescente, en su vida palaciega, o después en su vida reinante en los protocolos secretos de palacio en los que se archivaban los procesos de cierta importancia.

Pero aún más interesante es la otra faceta de Domicia Lépidia, extremo que a nuestro juicio no ha sido resaltado lo debido por los biógrafos modernos de Nerón o los historiadores recientes de su reinado. El aspecto familiar es éste: La madre de la disoluta Mesalina era precisamente Domicia Lépidia, como producto de su matrimonio con Marco Valerio Mesala Barbado, primo a su vez de Claudio (Suet. *Claudius*, 36). Evidentemente, si Nerón vivió la mayor parte de su niñez y adolescencia en los palacios reales junto a Claudio y Mesalina, las vivencias que Nerón tuviera de este período de su vida debieron estar estrechamente asociadas a Lépidia, su tía, madre de Mesalina,

la más profunda y peligrosa enemiga de Nerón, aunque desde el punto de vista legal y familiar, por una vez, la razón, representada en su hijo Británico, estuviera del lado de la inmoral emperatriz. Esto explica que Nerón, con la ausencia de sentimientos morales que siempre le caracterizó, llegado su momento no sintiera escrúpulo alguno en unirse a su madre para perder a Lépida a la que siempre había profesado respeto y cariño:

«Agravo la situación de su tía Lépida, contra la que se había abierto proceso, declarado personalmente contra ella para complacer a su madre que buscaba la ruina de la acusada» (*Amtiam autem Lepidam ream testimonio coram afflixit gratificans matri, a qua rea premebatur. Nero. 7, 2*).

Pero esta perversa acción de Nerón que denuncia Suetonio merece una explicación.

Agripina, muy pagada de su belleza, de su talento y de su alcurnia, anduvo siempre en discusiones y piques con aquellas personas que, o podían hacerle sombra, o ella creía estorbarían sus planes de grandeza. Entre estos supuestos enemigos de Agripina, y de modo preferente por la influencia que tenía con Nerón desde pequeño, se hallaba Domicia Lépida que reunía en su persona unas cualidades físicas e intelectuales muy similares a las de su prima y cuñada Agripina. Pero además, aunque las relaciones de Lépida con su hija Mesalina nunca fueron cordiales, Agripina no podía olvidar que aquella era la madre de la emperatriz, que no sólo la había rebajado frente a Claudio, y declarado su mayor enemiga (cfr. *Ann.* 11, 12), sino que había sido además causante de la muerte de Livilla, su hermana. Agripina, en consecuencia, cuando la ocasión le fué propicia, decidió acabar con Lépida. Y esta llegó el año 54, meses antes de la muerte de Claudio. Las razones que da Tácito (y las veremos en la transcripción del texto correspondiente), no fueron solamente las de mujer a mujer en relación con sus cualidades femeninas tan pródigamente repartidas por la naturaleza entre ambas. Ni siquiera el que Lépida hiciera todo lo posible por atraerse a su sobrino Nerón. Los motivos inmediatos fueron muy otros. Agripina ambicionaba el Poder para Nerón y Claudio había cometido la insensatez, nada extraña en él, de manifestar, en estado de embriaguez, «que su sino era sufrir las maldades de sus esposas y después castigarlas» (*Ann.* 12, 64). En la amenazadora frase vió Agripina la mano e intención de Lépida, que aún conservaba su influencia sobre el débil emperador. Y decidióse a actuar. Convenció a Claudio para que Lépida fuera acusada de hechicería y mano blanda con sus bandas de esclavos en Calabria que habían perturbado la paz de Italia. Narciso se opuso tenazmente al proceso, pues temía, con razón, a Agripina: Es más: Se contaba en los círculos romanos que comentó entre sus amigos «que su perdición era cierta, ya fuese Británico emperador, ya lo fuese Nerón» (*Ann.* 12, 65). Sin embargo, triunfó la maldad, y mediado el año 54 Domicia Lépida fué ejecutada. Tácito silencia la deposición de Nerón en el proceso contraria a su tía. Suetonio, como hemos visto, manifiesta explícitamente que Nerón, por halagar a su madre, acusó a Lépida. Es de resaltar que al tiempo del proceso Nerón

estaba próximo a cumplir diez y siete años, y que aún se hallaba bajo la influencia preceptora de Séneca. Domicia Lépidia sería una víctima más de las provocadas por la feroz Agripina en su turbia existencia.

¿Testimonió Nerón contra su tía en el proceso que se instruyó? Como acabamos de ver Suetonio dice de modo claro que sí. Y no se olvide que este autor tuvo acceso a los archivos imperiales. Tácito silencia totalmente a Nerón en lo que se refiere a su testimonio en el procedimiento, y todo lo atribuye a Agripina con la oposición de Narciso, que no aprobaba el proceso.

En una personalidad como Nerón no nos extrañaría nada que cometiera la felonía —una más de las muchas que llevó a cabo en su vida— de acusar a su tía para seguirle el juego a su madre. Séneca, de ser cierta la respuesta afirmativa, no arriesgaría un consejo para persuadir a Nerón de lo contrario. No se olvide que Lépidia era la madre de Mesalina, la más feroz enemiga que tuvo Séneca en su vida política. Pero sea cierta o no la deposición de Nerón contraria a su tía, una cosa se percibe en las biografías de Nerón de Tácito, Suetonio y el mismo Cassio: Que éste —repetimos— no amó nunca a su madre. Y es que en el transfondo de su conciencia, allá donde se inician las fronteras del subconsciente, se hallaría en todo su vigor la vivencia de juventud por la cual había tenido que deponer en contra de su tía para halagar a su madre, caso de ser cierto su testimonio; o que ésta, valiéndose de un proceso en el que se formuló una acusación imaginaria y en la que él no intervino (caso de no ser cierta la aseveración de Suetonio), había privado de la vida a su tía Lépidia a la que siempre Nerón había amado y había sido su guardadora durante el destierro de su madre.

b.—Domicia

Por lo que se refiere a la otra tía paterna de Nerón, Domicia, las relaciones que tuviera con su sobrino no están tan bien documentadas textualmente como las de su hermana Domicia Lépidia. Pero sabemos que el primer padrastro de Nerón, Passieno Crispo, estuvo casado en primeras nupcias con ella como acaba de verse. Por este motivo, también las relaciones entre Domicia y Agripina, al igual que con Lépidia, estuvieron siempre revestidas de acritud y distanciamiento. Domicia, además de sentirse ofendida por haberse visto privada del marido, no perdonaba a su cuñada la muerte de su hermana y aguardaba la mejor ocasión para vengarse. Esta le llegó poco después de la muerte de Británico (año 55) que afianzaba a Nerón en el en el solio imperial, paralelamente al abandono que sobrevino a Agripina por parte de su hijo, que llegó hasta privarla de la guardia de germanos al recibir la noticia de que Agripina conspiraba en secreto. (Cfr. *Ann.* 13, 18). Domicia, rival implacable de Agripina al decir de Tácito (*inter Agrippinam et Domitiam infesa aemulatio exercebatur. Ann.* 13, 19), valiéndose de Atimeto, liberto suyo, y de Junia Silana, agraviada por Agripina de años atrás aunque a la sazón simulara amistad con ella, urdieron la especie de que la

madre de Nerón iba a casarse con Rubelio Plauto, pariente de Augusto por línea materna en igual grado que Nerón (cuarto, por la adopción de Tiberio), y una vez efectuado el matrimonio, ambos se alzarían con el imperio depouando a Nerón. Las circunstancias de este supuesto complot en el que Burro estuvo a punto de verse implicado (Plinio y Cluvio Rufo le estiman inocente), están descritas por Tácito con todo detalle (*Cfr. Ann. 13, 19, 22*), descripción que se acompaña de un colorido y de una viveza en la acción que hacen de estas páginas unas de las mejores del célebre historiador latino. A ellas nos remitimos. A nuestros fines nos basta resaltar lo siguiente: Agripina, que no se recató en su hábil defensa ante Burro y Séneca de acusar a Domicia con ímpetu no exento de ironía, recordando su contribución en la adopción de Nerón mientras Domicia embellecía sus piscinas de Bayas, solicitó castigo para sus acusadores, que fué concedido. Pero es sintomático que habiendo sido castigados casi todos los urdidores del complot, Silana a destierro, Calvisio e Iturio al exilio y Atimeto a muerte, e impune Paris por «demasiado necesario a los desórdenes del príncipe» (*Ann. 13, 22*), Domicia, instigadora de cuanto se proyectaba quedara sin castigo, impunidad en la que vemos la mano de Séneca, amigo que había sido de su esposo Passieno. Nerón, de momento, no tomó represalias contra su tía. Pero no le pasó desapercibido que el complot, aparentemente una farsa, en el fondo tenía visos de realidad. De Agripina se podía esperar todo en cualquier circunstancia. De Agripina viuda, y con posibilidad de matrimonio de conveniencia política en lo que era maestra, el complot para Nerón era cosa cierta. Y la ocasión de manifestar su rencor contra Domicia lo encontró a poco de hacer desaparecer a su madre y cuando ya Séneca había perdido toda su influencia sobre el discípulo. Cuenta Suetonio: «Al parricidio de su madre siguió de cerca el asesinato de su tía [Domicia] por parte de padre. En efecto, un día que ésta guardaba cama aquejada de estreñimiento, Nerón fué a visitarla y como ella le acariciara, como acostumbran los viejos, su barba que apenas despuntaba, y le dijera por mero cumplido: «Moriré gustosa tan pronto me la ofrezcas», Nerón se volvió a las personas de su séquito y dijo, como bromeando, que se la cortaría sin demora y, acto seguido, ordenó a los médicos que purgaran a la enferma más de la cuenta y sin esperar a que exhalara su último aliento se incautó de sus bienes; pero tuvo antes la precaución de hacer desaparecer su testamento para que no se le escapara nada de las manos» (*Nero, 34, 5*). Indudablemente Nerón no perdonaba a nadie

V.—FACTORES HERENCIALES Y DE AMBIENTE

Si aplicamos a la personalidad de Nerón los conocimientos relacionados con los factores herenciales y de ambiente, llegamos a las siguientes conclusiones.

1.—Factor herencial

Los textos históricos nos suministran datos muy precisos relacionados con el factor herencial de Nerón.

Por la rama paterna, Nerón recibió de la sangre Ahnobarba gran parte de las pésimas cualidades de esta vieja familia romana y apenas ninguna de las virtudes. Los Ahenobarbos durante quinientos años habían sido famosos en Roma por su prodigalidad, su altivez y su crueldad. También por su valentía y capacidad. De su tatarabuelo, Cneo Domicio, decía el orador Licinio Craso, que tenía «el semblante de hierro y el corazón de plomo». Mantuvo su arrogancia frente a César, al que trató de privarle nada menos que del mando de las Galias el año que Domicio desempeñó el consulado (14). Y mostró su instinto cruel con los neutrales de la guerra civil opinando frente a Pompeyo que debía eliminárseles. (Suet. *Nero*. 2).

Su bisabuelo, que al decir de Suetonio fue el mejor, militó primero en el partido pompeyano, después en el de Antonio del que fue su legado, para terminar sus días afecto a Augusto, pero con su reputación manchada, pues según Antonio le había abandonado por seguir a su amante Servilia Naidia

Pero la mejor fama del anterior no se vió continuada en su hijo, Lucio Domicio, abuelo de Nerón, executor testamentario de Augusto. Aficionadísimo desde su juventud a conducir carros, a los juegos y al teatro, era arrogante, pródigo y cruel. Dio cacerías de fieras y combates de gladiadores en el circo y en los barrios de Roma, pero desplegó en ellos tanta barbarie que Augusto, que en vano le había reconvenido particularmente, tuvo que hacerlo por un edicto (Suet. *Nero*, 7). Casado con Antonia la Mayor, hija de Antonio y Octavia (hermana de Augusto, sobrina-nieta de César, y de ahí la sangre Julia de Nerón) nació del matrimonio Cneo Domicio, padre del futuro emperador, que aumentó con sus brutalidades la mala reputación de la familia, que sólo había de superar su propio hijo. Entre otras «hazañas» del padre de Nerón, Suetonio se hace eco de éstas: Acompañando a Calígula a Oriente mató a un liberto por negarse a beber una enorme cantidad de vino que él le ordenaba. Excluído por Cayo de la corte de sus amigos, no se condujo con mayor moderación: En la vía Apia aplastó a un niño lanzando al galope expresamente su caballo. En Roma, en pleno Foro, reventó un ojo a un caballero romano que discutía con él; se jactaba de no abonar el precio de las cosas que compraba, informalidad contractual que llevó a la práctica en tiempo de su pretura dejando de abonar el premio a los aurigas. Fué acusado de *crimen maiestas* a final del reinado de Tiberio, y de gran número de adulterios además de incesto con su hermana Domicia Lépidia al que ya se ha aludido. Solo la muerte de Tiberio y advenimiento de Calígula le libraría del castigo. El año 28 casó con Agripina, que entonces tenía trece años. Al recibir las felicitaciones de sus amigos, y conociendo la ascendencia de Agripina y la suya, anticipándose a Mendel, llegó a la conclusión, que no se ocultó en manifestar, que «de Agripina y él no podía nacer más

que algo detestable y fatal para la nación» (*ex se et Agrippina nisi detestabile et malo publico nosci potuisse* (Nero, 6). Desde luego, el pronóstico no era difícil ni inverosímil.

Por la rama Julio-Claudia los ascendientes de Nerón, singularmente los de la rama colateral, y con las excepciones en la directa de su abuelo (Germánico) y bisabuelo (Druso), no se quedaban atrás en cuanto a carácter y temperamento; pero así como los Ahenobarbos, aunque brutales y de perversos instintos fueron sanos de mente, a los Julio-Claudios, por regla general, acompañoles el estigma de una mente desequilibrada que se remontaba a la epilepsia de César (Cfr. Suet.: *Caesar*, 45, 1).

De su ascendencia materna inmediata, Agripina, es suficiente su nombre para discernir lo que Nerón debió recibir de ella en herencia psíquica. Desde luego lo que no heredó de su madre fué su carácter esforzado, su tenacidad, ni su valentía, de todo lo cual Agripina dió muestras sobradas de por vida. Pero entre sus ascendiente colaterales, igualmente nos bastan sus nombres por suficientemente conocidas sus taras psico-somáticas y mentales: Su tío carnal, Calígula, un epiléptico con brotes claramene esquizofrénicos (Cfr. Suet. *Gaius*, 50); su tío-abuelo, Claudio, un débil mental rozando la paraoligofrenia; Tiberio, su tío-bisabuelo, que si bien era el más capaz de todos y gozó de una inteligencia notable, se reveló al final de sus días como un loco moral (*moral insanity*), (15). Solo sus ascendientes maternos directos en segunda y tercera generación, los dichos Germánico y Druso, los héroes populares, veríanse libres, en lo que nos es conocido, de taras de la mente y de la psique, sin que sufrieran tampoco desviación alguna instintivo (Cfr. la apología de Germánico en Tácito *Ann.* 2, 7, 3, donde le compara a Alejandro; Suetonio *Gaius*, 3 y Dión, *LVII*, 18).

Estos fueron los antecesores paternos y maternos de Nerón. No es de extrañar que el sucesor, con semejantes genotipos, especialmente los paternos y los colaterales maternos, no resultara precisamnte un arquetipo de equilibrio mental y moral.

Sin embargo, la influencia hereditaria con ser un factor en modo alguno desdeñable —y los resultados en Nerón no pudieron ser más elocuentes— no lo es todo. «Son raros los hombres y las mujeres inclinados inexorablemente al mal por congénita y heredada predisposición. La herencia con que nacemos es tan solo un invitación para seguir un determinado camino. El seguirlo nos será más fácil, a favor de este impulso, que seguir el contrario; pero es siempre la influencia, casual o deliberada, del ambiente la que, en último término, determina el itinerario moral» (Young).

2.—Factores ambientales

El ambiente que vivió Nerón en los palacios imperiales fué desde luego el más propicio para que su despierta imaginación, su temperamento impresionante y su carácter dominante, dejara honda huella en él. De una

parte, recibía los halagos que le deparaba su posición en el seno de la familia imperial, singularmente después de su adopción por Claudio (24 de Noviembre de año 50 d. J. C.); y de otra, su posición en la corte contribuía a que figurara siempre en primer plano con postergación de Británico, lo cual provocábale un ensalzamiento de su yo. Las anécdotas que al respecto nos transmiten Tácito y Suetonio, son bien significativas:

En el año 47, contando Nerón diez años, celebráronse los juegos seculares. Estando Claudio presenciando los mismos en el Circo, jóvenes nobles, entre ellos Nerón y Británico, representaron a caballo el juego llamado de Troya, (cfr Virgilio, *Aeneida*, V, 545 ss). «El favor de la plebe —escribe Tácito— se inclinó con mayor vehemencia hacia Domicio, y esto se tomó como un presagio» (*Ann.* 11, 11).— «Aún de corta edad, cuando no había salido aún de la pubertad, al celebrarse unos juegos circenses tomó [Nerón] parte en la cabalgata troyana con mucho celo y general aplauso». (*constantissime favotabiliterque lusit.* Suet. Nero, 7).

Este afecto del pueblo hacia Nerón, como bien apunta Tácito (*Ann.* 11, 12), le venía del recuerdo de Germánico, de quien era Nerón el único descendiente, que fué el arma genealógica que siempre empleó Agripina frente a Mesalina para vencer la voluntad de Claudio, y, muerta la emperatriz, para lograr su casamiento.

Una puesta en escena similar a la anterior, repitiose el año 51 al tiempo de recibir Nerón la toga viril, y ser autorizado por el Senado a recibir el consulado cuando cumpliera los veinte años y que entre tanto fuera cónsul electo con poder proconsular fuera de Roma. Se celebraban juegos circenses para atraerse las simpatías del vulgo. Británico desfiló en los juegos con toga pretexta y Nerón con toga triunfal: «así el pueblo podía contemplar a un niño [Nerón] con esplendor imperial y al otro [Británico] con traje de niño, y también por esto podía presumir la gente la suerte de ambos» (*Tac. Ann.* 12, 41).

Como expresamos, a Nerón le tocó vivir un ambiente de relajación cuyo influjo era muy superior a las enseñanzas éticas que Séneca procuraba inculcar a su educando. Aparte las costumbres de la Corte en las que predominaba la sensualidad, la perversión sexual y la gula, solo de muertes violentas o taimadas dentro del ambiente cortesano, y en el tiempo que va desde la vuelta de Agripina del destierro hasta la ascensión de Nerón al trono, un período de trece años, tuvieron lugar las siguientes: La de su padrasto, Passieno, si es cierto su envenenamiento por Agripina si hemos de creer a Plinio (N H XVI, 44) y al escoliasta de Juvenal (Sat. VI, 81). Las de Messalina y Silio, los impúdicos e imprudentes amantes (*Tac. Ann.* 11,25; 11,27). Las de Tito Proculo, Vetio Valente, Pompeyo Urbico, Safuyeyo Tiago, Decrio Calpurniano, prefecto de los vigiles, Sulpicio Rufo, procurador de los juegos, el senador Junio Virginiano, el cómico Mnester y Traulo Montano del orden ecuestre (*Tac. Ann.* 11, 25, 26), todos ellos relacionados con el adulterio de Messalina. Lucio Silano, el joven brillante prometido a Octavia,

muerto el mismo día de las nupcias de Claudio con Agripina (Tac. Ann. 12, 8) que dejaban el camino expedito para el casamiento de Nerón con la dulce Octavia (Ann. 12, 9). La de su tía Domicia Lépidia por instigación de Agripina (TÁC. Ann. 12, 65). E inmediatamente a la proclamación de Nerón como emperador, la de Junio Silano, procurador de Asia, «de quien maquinó la muerte Agripina, sin conocimiento de Nerón» (Tac Ann. 13, 11).

Ante tantos crímenes, crueldades, perversiones, ambiciones personales; en un ambiente tan poco propicio para la *virtus* y la *gravitas*, las tradicionales esencias romanas del pueblo y, sobre todo, de sus élites dirigentes ¿qué podía hacer Séneca?, ¿qué el mismo Nerón que se vió inmerso en un ambiente que le dominaba? El destino de Nerón por herencia y ambiente, temperamento y carácter era —y lo fué— inexorable, y hacia él marchó recíamente precipitándole en el abismo moral, en el fracaso como educando y como emperador, como hijo y esposo y hasta como hombre. Séneca se sintió incapaz de detener este huracán, y cuando quiso hacerlo con su voluntaria dimisión era ya tarde. El torbellino arrastró a ambos. A Séneca, la conjuración de Pisón del año 65 que acabaría con su vida y la de toda la familia Séneca, y a Nerón las sublevaciones de Vindex y de Galba del año 68 que acabarían con la suya.

VI.—LOS ERRORES DE SENECA

En los anteriores apartados hemos examinado las influencias que el educando Nerón tuvo derivadas de su herencia familiar y del ambiente corrompido que desde su niñez le tocó vivir, primero en casa de su tía Domicia como hijo de la viuda y desterrada Agripina, y después, en los palacios imperiales, como hijo adoptivo de Claudio. Fueron estos factores (herencia y ambiente) ajenos por completo a la responsabilidad de Séneca como persona encargada de la educación intelectual y moral de quien se vislumbraba futuro emperador. Pero comenzadas las tareas educadoras y llevadas a sus últimas consecuencias, no solo durante el período inicial de los cuatro años en que con intensidad estuvo dedicado al príncipe cuando aún no compartía la responsabilidad del gobierno del Imperio sino a lo largo del quinquenio neroniano en que el joven emperador se hallaba todavía sometido a la influencia de su preceptor, mentor y guía en las tareas de gobierno, es indudable, en lo que se deduce de los textos históricos, que Séneca cometió errores notables que empañaron, histórica y pedagógicamente, la labor que se le había encomendado: educar a un príncipe al que las circunstancias le conducían, inexorablemente, a reinar. Examinemos en qué consistieron y cuáles fueron estos errores senequianos.

Para emitir un juicio de valor sobre el preceptorado de Séneca hay que tener en cuenta las diversas fases educativas en el tiempo que se desarrolló aquél, en las que se entrecruzaron lo puramente objetivo con lo subjetivo. Examinémoslas.

Primera fase educativa: El preceptorado de Séneca propiamente dicho abarca desde Febrero del 50, fecha de su iniciación, hasta el 13 de Octubre del 54, día en que Nerón alcanzó el imperio.

La segunda fase —*post-educativa inmediata*—, es la comprendida entre el 54 y la muerte de Agripina en el 59, es decir, el período llamado quinquenio neroniano.

Una tercera fase —*post-educativa mediata*—, es la que va desde el parricidio de Agripina hasta la muerte de Burro en 62 y subsiguiente petición de retiro por Séneca de sus actividades cortesanas.

Y por último, una cuarta fase —*post-educativa remota*—, desde la fecha mencionada hasta el fin del imperio de Nerón en 11 de Junio del 68.

Como es natural la mayor o menor responsabilidad moral de Séneca en lo que concierne a los resultados de su labor educativa con Nerón, está en proporción al transcurso del tiempo, a su menor o mayor alejamiento de la propiamente fase educativa que fué la primera. En este primer período educacional, el joven futuro emperador mantúvose bajo la tutela moral e intelectual del maestro Séneca, en el que éste procuró, como hemos puesto de manifiesto, educar a su discípulo en la *virtus* y en las mejores tradiciones romanas. Es la época del choque intensivo, emocional, en que el educando está en condiciones propicias a recibir la impronta del maestro, a seguirle en su doctrina, e inclusive a imitarle en sus modales. Que el resultado de esta primera fase fué el que Séneca se propuso, queda determinado por lo que acaeció inmediatamente después.

De la fase post-educativa inmediata (años 54-59) ya hemos expresado sus óptimos resultados, al menos los políticos del buen gobierno del Imperio, salvo las manchas, en el aspecto moral de las relaciones de Nerón con Acté, de las que hablaremos después, y el fratricidio de Británico, crimen al que Séneca fué ajeno, con el que Nerón comenzó a mostrar un carácter perverso que en el transcurso del tiempo le conduciría a cometer las mayores atrocidades.

Tácito, con su pesimismo habitual, su nostalgia por el pasado anteimperial, su acritud ante Nerón y la tremenda requisitoria que hace de su reinado, a fuer de imparcial tiene que reconocer que los primeros tiempos del imperio de Nerón estuvieron presididos por el orden y la justicia:

«Cuando desapareció la fingida tristeza (por la muerte de Claudio) entró el príncipe en el Senado. Dichas algunas palabras acerca de la autoridad de los senadores y de la fidelidad del ejército, mencionó sus proyectos y los ejemplos a seguir en pro del buen gobierno de la república... No faltó a su palabra...». *Nec dequit fides...* (*Ann.* 13, 4, 5. Cfr. los mencionados capítulos y 6 a 11). Pareja inclinación al bien común sentía Nerón en estos años de su reinado en el aspecto militar, que Burro regía con acierto (Cfr. *Ann.* 13, 7, 9). Estos éxitos se debieron a sus rectores, que no solo impidieron la continuación de los crímenes que inició Agripina, sino que dirigieron con gran acierto los destinos del Imperio. Pero asimismo hallaron en Nerón

—que no hay que olvidar que en definitiva era el emperador, y por ende quien tenía bajo su poder la facultad de decidir— un aliado para este buen gobierno inicial, plegándose a los planes de Séneca y Burro, como se echó de ver no solo en las decisiones fundamentales, sino también en la franca actitud anti-Agripina-Palas que Nerón adoptó de consuno con sus rectores:

«La lucha era común en los dos [Séneca y Burro] contra la soberbia de Agripina, quien ardiendo en toda clase de placeres irrefrenables tenía en su partido a Palas»... «Pero Nerón no tenía un carácter propio para someterse a siervos y Palas, sobrepasando la moderación conveniente a un liberto, se hacía insoportable por su humor y arrogancia» (*Ann.* 13, 2).

Todo ello quiere decir que la labor pedagógica, singularmente las lecciones de política de buen gobierno, fueron excelentemente aprovechadas por Nerón en esta fase inmediata a la labor preceptora de Séneca. Nerón no fue, pues, el discípulo que se rebela contra el maestro o se olvida de él apenas sale de su esfera de influencia, y más si se tiene en cuenta que el finiquito de la labor pedagógica de Séneca propiamente dicha, coincidía con la toma de contacto por Nerón, como árbitro supremo, de la gobernación del Imperio.

Pero ya dentro de esta segunda fase, en pleno apogeo de Séneca como gobernante y Nerón como soberano, a partir de la muerte de Británico (12 de Febrero de 55 d. J. C.) las cosas comenzaron a torcerse, la labor pedagógica se echó de ver que no se había llevado a efecto en terreno apto para producir frutos definitivos, y, como consecuencia, la nave del buen reinado neroniano comenzó a hacer aguas. Pero de este comienzo de quiebra de la dura labor educadora pasada, el culpable ciertamente no fué únicamente Nerón. Participaron por igual sus rectores, especialmente Séneca, que contribuyeron con su imprevisión y sus concesiones a que la buena voluntad inicial de Nerón se torciera. ¿Por qué fué así? En primer lugar, por una falta de previsión del moralista, que en realidad fué un error psicológico. Después, por las concesiones que Séneca hizo a las torpes inclinaciones de Nerón que abrieron el camino a su desenfreno moral. Y finalmente, la ausencia de una verdadera política senatorial por parte de Séneca en la que aquí no nos podemos detener.

El error psicológico consistió, a nuestro juicio, en que el antiguo preceptor absorbió con su enorme personalidad la de Nerón, que comenzaba a vivir políticamente. El prolongar demasiado tiempo las andaderas y el apoyo tutelar del maestro hacia el soberano, y más en persona del carácter de Nerón propenso a la reacción contraria, supuso una rebelión soterrada del emperador hacia el director de hecho del Imperio, que si no produjo más prontamente un rompimiento entre ambos debió a la personalidad cautelosa de Nerón, fuertemente teñida de cobardía, incapaz de acometer de frente una situación que implicara cierto riesgo para él. La asunción por el político de la exclusividad de los discursos que el emperador tenía que pronunciar en las horas graves o solemnes a que ya hemos hecho referencia,

fue excesivo por parte de Séneca. Bien se echó de ver cuando sus detractores (los cobardes *deteriores*) amigos de Nerón, susurraron a su oído, con la peor de las intenciones, aquello de: «¿Por qué —decían— no ha de haber nada bueno en la nación que no se crea ha sido aconsejado y hecho por Séneca? Le aconsejaban que, puesto que ya no era un niño y poseía el vigor de la juventud, se libertase de la tutela y enseñanzas de su maestro, debiendo considerarse ya suficientemente instruido con ejemplo de sus antepasados, los mejores maestros que podía desear».

En este punto olvidó Séneca que el que impera gobernar quiere, *imperium* que no podía tener efectividad sino haciéndole participar a Nerón activamente en las tareas de gobierno. Séneca prolongó excesivamente los efectos de su preceptorado lo cual fué un error, conociendo, como debía conocer, la psicología de Nerón. Y que debía conocerla y bien a fondo, no puede ponerse en duda quien como Séneca ha pasado por ser un gran psicólogo, un auscultador de almas.

Un segundo error psicológico de maestro a alumno, fué la aparición de la sátira menipea *Ludus de morte Claudii* o *Apocoloquintosis*, en la que se ridiculiza, como es conocido, la muerte y subsiguiente apoteosis de Claudio. Si el Senado, por decreto, le había convertido en dios (*Ann* 12, 69 y 13, 2), Séneca, con su pluma, le transformaba en calabaza. En vez de su apoteosis, su «calabacificación». Pero con este traspies, más que literario político, Séneca ante Nerón, es decir frente al alumno ya emperador, perdía autoridad moral, pues no era serio haber redactado la oración fúnebre de Claudio que aquél hubo de pronunciar ante el Senado el día de sus funerales (y que por un exceso de elogios produjo un efecto contrario al que Séneca se propuso), para a continuación ridiculizarle metamorfoseándole en calabaza.

Ciertamente que la *Apocoloquintosis* como sátira política ya tenía antecedentes. Varrón fustigó a su antiguo jefe Pompeyo, del que habíase apartado momentáneamente, y a César y a Craso, en el folleto satírico *Tricipitina*, y César replicó al intencionado elogio de Catón el Joven por Cicerón con su violento *Anti-Cato*. Pero entre ambas sátiras y la *Apocoloquintosis*, aparte el fondo, había notables diferencias: En la sátira de Varrón, éste, en aras de su sincero republicanism, atacaba a Pompeyo en vida y en pleno auge de su poder triunviral. Y en cuanto al *Anti-Cato*, César no hizo más que salir al paso de las insinuaciones que Cicerón hacía en el elogio a Catón, peligrosamente dirigidas contra él, que respondió con un libelo cuando pudo haberlo hecho desde su poder dictatorial de forma más contundente. Pero la *Apocoloquintosis* fué una sátira *post-mortem* en la que el satirizado naturalmente no podía defenderse.

Pero además de este error, que en el mejor de los casos podía poner en duda por parte de Nerón la sinceridad de su maestro, significaba otro de mayor transcendencia: La falta de visión política de Séneca que no llegó a comprender que la apoteosis de Claudio, en definitiva, era la consagración oficial del culto al emperador como religión oficial de Roma, que, iniciada

con la complacencia de Augusto en vida, y decretada por el Senado después de su muerte, venía a representar el comienzo de un proceso que ponía de manifiesto la gran visión del creador del Imperio y su fina perspicacia, al darse cuenta que la «divinización» del emperador allanaría, como así fué, la unificación del vasto imperio de Roma por la implantación y regulación de un culto oficial a los emperadores deificados. Séneca no comprendió que en la divinización del emperador, en su caso la de Claudio, como antes la de Tiberio y la de Augusto, e inclusive la autodeificación de Calígula, lo de menos era el aspecto dogmático del que careció siempre el culto a los emperadores, pues nunca fue, y mucho menos en su inicio, una religión sujeta a dogmas, sino un culto oficial por razón de Estado, en el que su transcendencia iba a radicar en un pragmatismo que llevaba consigo la extensión del proceso de romanización a la misma Italia, y, sobre todo, a las provincias, como elemento catalizador de un mundo tan heterogéneo en todos los aspectos como el sometido a Roma.

La *Apocoloquintesis* de Séneca, —aparte el valor que pueda tener hoy como curiosidad literaria— además de una acción poco piadosa para la memoria de Claudio muerto de mala manera, venía a producir, por medio del ridículo, unos efectos contrarios a la política que en ese aspecto había previsto Augusto, aparte lo que pudo tener de venganza por el destierro decretado contra su autor en tiempos de Claudio, sin tener en cuenta tampoco que ponía en entredicho al Senado que había decretado la divinización. Y desde luego, en el aspecto de la *paideia* senequiana de Nerón, que es el que aquí nos interesa no puede decirse en verdad que la *Apocoloquintesis* fue una obra ejemplar.

Recientemente E. Elorduy (16) ha tratado de restar importancia a la intención de Séneca al escribir la sátira claudiana, alegando, entre otros argumentos de escasa consistencia, que Séneca se propuso acabar con el culto al emperador, que, iniciado a la muerte de Augusto, se continuó en tiempos de Tiberio, Calígula y de Claudio para convertirse a continuación en la religión oficial de Roma y del Imperio. «No logró ciertamente Séneca —escribe Elorduy— acabar como él quería con los mitos imperiales de Roma ni con el culto de los Césares, pero el primer golpe estaba ya asestado y nadie podría en adelante tomar en serio las bufonadas del culto oficial».

Quien esto ha escrito no ha llegado a comprender lo que representó el culto oficial a los emperadores en el proceso de romanización y unificador del Imperio, como con gran conocimiento de causa han puesto de manifiesto los romanistas que han estudiado a fondo el culto imperial como religión de Estado, política y no ontológica ni transcendente, que nunca lo pretendió. Los estudios de Sánchez Albornoz (17), D'Ors (18) y Torres (19) en España, y los de Etienne (20), entre otros, en el extranjero, penetran a fondo en la auténtica cuestión, en su razón de ser, del culto al emperador. De otra parte, ni Séneca se propuso nunca, ni podría habérselo propuesto en quién como él era, por encima de todo, un romano, «acabar con los mitos imperiales». Y el

que «nadie tomara en serio las bufonadas del culto oficial», no deja de ser una inautenticidad histórica, cuando el culto al emperador tuvo vida pujante hasta el siglo III, coexistió con el cristianismo durante el IV, y solo a partir de Constantino, con el paréntesis de Juliano, es cuando comenzó a declinar.

Otro aspecto sobre el que los panegiristas de Séneca pedagogo de Nerón pasan como sobre ascuas, es el de sus concesiones al joven emperador que comenzaron apenas iniciada la fase que hemos llamado post-educativa inmediata.

«Comprendiendo ambos [Séneca y Burro] que la edad del príncipe era resbaladiza si llegaba a despreciar la virtud, le retenían de un modo fácil con placeres lícitos (*voluptativos concessit retineret*)» (*Ann.* 13, 2).

Estos «placeres», permitidos a modo de inocentes pasatiempos, pero que apartaban a Nerón de sus obligaciones de gobernante, serían —es de suponer, ya lo hemos expresado— la pintura, la escultura, el canto, la danza, la afición a los caballos y a los juegos atléticos de que nos hablan Tácito y Suetonio, que con el tiempo hicieron de Nerón un *dilettante* insoportable por sus extravagancias en el orden social, y le condujeron a un total abandono de sus funciones de gobernante en el orden político.

Pero estas distracciones lícitas dieron paso prontamente a pasiones ilícitas, que iniciaron la pendiente de desenfreno sensual por la que se lanzó Nerón, y que en definitiva habían de costarle el trono y la vida. De esas pasiones, la que tuvo un especial significado por la intervención que en ella tuvo Séneca y por ser la primera conocida, fue la que sintió Nerón por Claudia Acté, liberta que había sido de Claudio. También recientemente ha querido darse a estas relaciones extramatrimoniales de Nerón, un significado que no está de acuerdo con la realidad textual, (21). Pero lo cierto es que la situación quedaba planteada en estos términos: Nerón, que a la sazón contaba apenas diez y ocho años, desde hacía dos hallábase unido en matrimonio con Octavia, (cfr. Tácito, *Ann.* 12, 58 y Suetonio, *Nero* 7, 2). No obstante, mantenía relaciones extramatrimoniales con una liberta. Pero esto no era lo peor en una Roma en la que, como hemos expresado en otro lugar, los adulterios eran moneda corriente en las costumbres, sobre todo en las cortesanas, pese a la corrección de las leyes represoras de tales relaciones; es que Séneca, no solo conocía y aprobaba estos amores ilícitos, sino que suya fué la idea, que puso en práctica con gran complacencia de Nerón, de servirse de su amigo, tal vez familiar, Anneo Sereno, para ocultar en público los amores de Nerón con la bella libertad, que ciertamente en su honor hay que hacer constar que fue fiel a Nerón hasta su muerte, y aún después de ella costeando el monumento funerario en memoria del emperador muerto. Expresa Tácito al respecto, no sin reproche implícito en sus palabras.

«Ni siquiera los más severos amigos del príncipe (clara alusión a Séneca y Burro), se sentían contrarios a que una mujerzuela, sin agravio de nadie, satisficiera los deseos del emperador, cuando éste se había apartado con aversión de su mujer Octavia, noble y de reconocida probidad».

Y añade Tácito, queriendo como siempre penetrar en las causas de las acciones humanas: «por fatalidad o por ser más atractivos los placeres ilícitos» (*fato quodam, an quia praevalent illicita. Ann. 13, 12*) «Nerón se apartó de su madre y se entregó totalmente a Séneca, uno de cuyos amigos, Anneo Sereno, simulando amor hacia la misma liberta [Acté], encubría la pasión naciente del joven príncipe y le prestaba el nombre para que los regalos que furtivamente hacía Nerón a la liberta en público se atribuyesen a él» (*Ann. 13, 13*). Sin duda que el prefecto de las guardias nocturnas se prestó a esta farsa por la sincera amistad que profesaba a Séneca, sin olvidar que a la sazón era el dueño de la situación política y a quien seguramente aquél le debería el cargo (22).

Séneca, en esta cuestión de los amores entre Nerón y Acté, no estuvo a la altura que había que esperar de su concepto de la ética, del elevado puesto que ocupaba en la corte, dueño de hecho que era de los destinos del Imperio, y de la labor pedagógica que había desarrollado cerca del futuro emperador, que de esa forma veíase amenazada de ineficacia, si no en el aspecto político sí en el moral. Por encima de las pasiones de Nerón, sin que pueda aplicarse siquiera la razón de Estado, como sirvió poco después para intentar justificar el asesinato de Británico, estaba su matrimonio con la dulce Octavia, que pasó por la vida de Nerón con un halo de perenne tristeza, sufriendo el desprecio y abandono permanentes, y bajo el signo de la tragedia. Octavia, por lo que su matrimonio con Nerón representaba, merecía sin duda no ya la protección que por ley tenía, sino aquella otra más eficaz que sólo podían concederle las personas influyentes con Nerón, como lo era Séneca. En el transfondo subconsciente de las acciones humanas, quizás no estuvieran ausentes de la mente de Séneca las imágenes de Claudio y, sobre todo, de Mesalina, de los cuales Octavia representaría para él un permanente y poco agradable recuerdo. Sólo esto explica, aunque no lo justifique, que Séneca tomara partido por Acté. Al menos ésta sería la explicaría íntima, psicológica, de la acción de Séneca. La explicación oficiosa, en base de la que pudiéramos llamar «defensa de la libertad sexual de las romanas ilustres», nos la ofrece Tácito.

«Y se temía por esto que, si no le apartaba de aquel placer (el de Nerón-Acté) corrompería a mujeres ilustres» (*metuebaturque ne in stupra feminarum illustrium prorumperet, si illa libidine prohiberetur. Ann. 13, 12*).

Pero en esta ocasión cala más hondo Suetonio que estos supuestos estupro de matronas ilustres por parte de Nerón:

«Primero se entregó sólo por grados y en secreto el ardor de sus pasiones: petulancia, lujuria, avaricia y crueldad, que quisieron hacer pasar por errores de juventud, pero que al fin tuvieron que admitirse como vicios de su carácter» (*Nero, 26, 1*). Séneca debía conocer este carácter, tanto como el temperamento de su alumno, fuertemente inclinado hacia la sensualidad. Aplicar como hizo —si la verdadera razón fué la tacitea— la política del mal menor, tan del gusto de los estóicos, fué un error por su parte, porque un

temperamento como el de Nerón no se detendría —como no se detuvo— en la sola aventura con Acté. Aparte de que la razón legal, y sobre todo moral, estaba del lado de Octavia. Por ello, cuestión es que honra a Agripina (que tan pocos motivos ofreció su vida para ser honrada) el haber estado siempre al lado de Octavia al extremo de que le costara la vida su defensa frente a Popea. (Cfr. *Ann.* 13, 18; 14, 1, 64).

Si estimamos un error del que había sido preceptor de Nerón no oponerse, o al menos intentar disuadirle, a sus relaciones con Acté, no significa juzgarle con criterio moderno lo que habría de serlo con la regla moral vigente en el tiempo de los protagonistas. A estos efectos era la misma. Bien se advirtió cuando seis años después (62), al repudiar Nerón a Octavia para casarse con Popea, y ser la antigua esposa desterrada a la Campania, se vió aquél obligado por el pueblo de Roma a alzar el destierro «por las quejas y protestas sin rebozo del pueblo, el cual no sabe callarse por prudencia, ya que por la humildad de su estado no tiene temores» (*Inde crebi questus nec occulti per vulgum, cui minor sapientia et mediocritate fortunae pauciora pericula sunt*). (*Ann.* 14, 60). Y cuando revocada la orden, y vuelta ya Octavia a Roma, «el pueblo se lanzó a la calle en manifestación de júbilo dirigiéndose al Capitolio a dar gracias a los dioses», para a continuación «la muchedumbre derribar las estatuas de Popea y pasear en hombros las de Octavia, cubiertas de flores, colocándolas en el foro y en los templos» (*Ann.* 14, 61), el pueblo sancionaba con sus actos la regla moral que Nerón había dejado de cumplir, desagraviando públicamente, y a su modo, a la que aquél consideraba ofendida por el nuevo matrimonio de Nerón. Y si esto sucedió con Popea ¿qué hubiera ocurrido si Nerón repudia a Octavia para casarse con la liberta Acté, como en cierta ocasión le pasó por la mente inclusive tratando de amañarle una genealogía real sobornando a varios senadores? (Suetonio, *Nero*, 28, 1). Bien se nos alcanza que las suposiciones en historia son por lo general impertinentes y siempre gratuitas. Pero lo cierto es —al menos en la verdad formal de los textos históricos—, que el pueblo romano siempre estuvo al lado de Octavia y se mostró contrario a su repudio por Nerón. Por tanto, lo ocurrido con Popea no hay razón para suponer que con Acté las cosas hubieran sucedido de otra manera en lo que respecta a la aversión popular por el repudio de la hija de Claudio, nieta del recordado Druso y sobrina del gran Germánico.

El mismo año del inicio de las relaciones del emperador con Acté, y todavía bajo la influencia post-educativa de Séneca (año 56), se produce el fratricidio de Británico, cuando apenas hacía dos años que Nerón se hallaba en el poder, crimen imputable a Nerón exclusivamente como hemos expresado. Ello supuso un nuevo aspecto de la compleja personalidad de Nerón, que a los diez y ocho años iniciaba, al par que su desenfreno sexual, la larga serie de crímenes que cometería durante su reinado.

En este aspecto, Séneca hizo cuanto estuvo de su parte para contener al monstruo que se iniciaba. Acató el asesinato de Británico por razón de

Estado, máxime cuando Agripina, con su imprudencia, que en ella era constante, no se recataba de proclamar a los cuatro vientos, inclusive a los oídos de Séneca y sobre todo del príncipe Nerón, «que Británico era ya un hombre, digno y verdadero sucesor del imperio paterno, que un advenedizo, un adoptivo, ocupaba injuriando a su madre. Que marcharía con él (con Británico) al pretorio donde los soldados oirían a la hija de Germánico». (*Ann.* 13, 14), que fué el impulso-motor que determinó a Nerón a acabar con su hermano adoptivo, el infeliz Británico.

Ante esta situación Séneca, con la más noble intención de seguir evitando males mayores, quiso recordarle a Nerón las normas éticas que le había enseñado, con la esperanza de que sus palabras movieran la inteligencia y el corazón del príncipe a mejores obras y más benignas actuaciones como gobernante. Con este fin ético surgió el *De Clementia*, un verdadero tratado de pedagogía moral para príncipes reinantes. Con el mismo Séneca culminaba su preceptorado con Nerón, y en el juicio de valor que del moralista formemos como educador del príncipe, siempre habrá de tenerse en cuenta que su intención fué la de hacer de Nerón un buen gobernante, y que si en definitiva falló en sus nobles propósitos, más que a los errores del maestro, que los tuvo como hemos puesto de manifiesto, se debieron a la extraña y compleja personalidad del alumno, al ambiente en que vivió y a la herencia psíquica que recibió que hubiera hecho en todo caso imposible mejores resultados.

N O T A S

(1).—La genealogía de Nerón en sus tres ramas es como sigue. Frecuentemente, incluso su madre, le achacaban ser más un Ahenobarbo que un Julio o un Claudio. Pero como se verá por su genealogía, en Nerón corría tanto sangre Ahenobarba como Claudia y Julia. He aquí sus tres ramas, la Julia, la Claudia y la Antonio-Ahenobarba.

A.—RAMA JULIA

Primera generación

Cayo Julio César y Aurelia (Padres de Julio César)

Segunda generación

(Hijos)

Cayo Julio César (El dictador) — Julia (Casó con M. Acio Balbo)
(Tío-bitatara-abuelo de Nerón)

Tercera generación

(Descendientes de Julia)

Acia (Casó con Cayo Octavio)

Cuarta generación

(Hijos)

Cayo Octavio César Augusto (Tío-bisabuelo de Nerón) — Octavia (Casó con M. Antonio (El triunviro)

Quinta generación

(Descendientes de Octavia)

Antonia La Mayor (Casó con Lucio Domicio Ahenobarbo)

Sexta generación

(Hijo)

Gneo Domicio Ahenobarbo (Casó con Julia Agripina)

Séptima generación

(Hijo)

Lucio Domicio Ahenobarbo NERON.

Resumen de la rama Julia:

Cayo Julio César (Padre de César): Antecesor en 7.^a generación ascendente.

Julia: Antecesora en sexta generación.

Acia: Antecesora en quinta generación (Tatarabuela)

Octavia: Antecesora en cuarta generación (Bisabuela)

Antonia La Mayor: Antecesora en tercera generación (Abuela)

Julia Agripina: Antecesora en segunda generación (Madre)

NERON: Última generación

B.—RAMA CLAUDIA

Primera generación

Tiberio Claudio Nerón y Livia Drusila

Segunda generación

(Hijos)

Tiberio (emperador) — Druso (Casó con Antonia La Menor)

Tercera generación

(Descendientes de Druso)

Claudio (emperador) — Germánico (Casó con Agripina La Mayor)

Cuarta generación

(Descendientes de Germánico)

Julia Agripina La Menor (Casó con G. Domicio Ahenobarbo)

Quinta generación

(Hijo)

Lucio Domicio Ahenobarbo NERON

Resumen de la rama Claudia:

T. Claudio Nerón, antecesor en quinta generación (Tatarabuelo)
Druso, antecesor en cuarta generación (Bisabuelo)
Germánico, antecesor en tercera generación (Abuelo)
Julia Agripina La Menor, antecesora en segunda generación (Madre)
NERON (Ultima generación)

C.—RAMA ANTONIO-AHENOBARBA

Primera generación

Marco Antonio (El triunviro) y Octavia (Hermana de Augusto)

Segunda generación

(Hija)

Antonia La Mayor (Casó con L. Domicio Ahenobarbo)

Tercera generación

(Hijo)

Gneo Domicio Ahenobarbo (Casó con Julia Agripina)

Cuarta generación

(Hijo)

Lucio Domicio Ahenobarbo NERON.

Resumen de la rama Antonio-Ahenobarba:

Marco Antonio, antecesor en cuarta generación (Bisabuelo)
Lucio Domicio Ahenobarbo, antecesor en tercera generación (Abuelo)
Gneo Domicio Ahenobarbo, antecesor en segunda generación (Padre)
Lucio Domicio NERON: Ultima generación.

(2).—Sobre la familia Claudia (*Claudii*): Th. Mommsen: *La gens de los Claudianos*; R. Contreras: «El cónsul Marco Claudio Marcelo, fundador de Córdoba», de próxima publicación.

(3).—El destierro de Séneca a Córcega (*relegatio in insula*) por sus supuestas relaciones íntimas con la bella Julia Livilla, a la sazón de veintidós años, casada por Tiberio con M. Vinicio Quartino, fué decretado por Claudio hacia el año 41 o 42 d. J. C. por aplicación de la *Lex Iulia de adulteriis coercendis*, promulgada por Augusto para velar por la moralidad de las costumbres. Sobre la veracidad del adulterio hubo discrepancias en los propios auto-

res antiguos. Dión Cassio, antisenequista, lo cree cierto, y no sólo con Livilla, sino con la propia Agripina (D. Cassio LXI, 10, 1), lo que resulta inverosímil dado que a la sazón ésta se hallaba casada con Passieno Crispo, el gran amigo de Séneca, y una felonía de Séneca con el amigo no es creíble. Tácito, implícitamente, pone en duda inclusive el adulterio con Livilla: «Séneca era... enemigo de Claudio, por resentimiento de su injusto destierro» (*infensus Claudio dolore iniuriae credebatur* (Ann. XII, 8), silenciando cuanto se relaciona con Agripina.

(4).—La adopción de Nerón en detrimento de Británico, el heredero legítimo de Claudio y Mesalina, fué uno de tantos golpes maestros de Agripina, que se sirvió de su fiel aliado Palas para «aconsejar a Claudio que protegiese los intereses del Estado y fortaleciese los pocos años de Británico». Palas se valió de un argumento que para una mente tan débil como la de Claudio hizo su efecto inmediato: «Si Tiberio, a pesar de su descendencia (Druso, habido con Vipsania Agripina) había adoptado a Germánico, Claudio debería valerse de Nerón que llevaría parte de los cuidados del imperio de Británico y del propio Claudio» (Tac. Ann. 12, 25). Y añade Tácito, después de anotar que se votó la ley Neronia que hacía entrar a Nerón en la familia de los Claudios y recibir Agripina el título de Augusta, con su gran perspicacia no exenta de su acostumbrado pesimismo:

«Después de todo esto nadie hubo tan cruel que no se compadeciese de la suerte de Británico. Abandonado y privado poco a poco aun de sus esclavos, tomaba como burla los intempestivos oficios en que los ocupaba su madrastra (Agripina) comprendiendo su hipocresía» (*intelligens falsi*) (Tác. Ann. 12, 26). No tardaría mucho en que Nerón, ya emperador, cometiera su primera felonía suministrándole un veneno a su hermanastro Británico, tres años más joven que él (cfr. Tácito, Ann. 13, 15, 16 y Suetonio, Nero, 33, 2).

(5).—Sobre la costumbre de las familias romanas de aprender el griego, su inclinación hacia lo helénico y la transformación de la sociedad romana a causa de la conquista de Grecia por Roma, vid R. Contreras: «El cónsul M. Claudio Marcelo, fundador de Córdoba».

(6).—Son numerosos los pasajes de Tácito, y singularmente de Suetonio, que ofrecen muestras de la pasión de Nerón por lo helénico. Aparte las tragedias que representó y cantó («El parto de Canacea», «Orestes matricida», «Edipo ciego», «Hércules furioso») proyectó dos viajes al mundo helenístico, uno a Alejandría que no realizó, y otro efectivo a Acaya donde manifestó a unos legados que le prodigaban sus aplausos: «Solo los griegos saben escuchar y son dignos de mi arte» (*solos scire Graecos solosque se et studiis suis dignos ait.*) (Suet. Nero, 22).

(7).—Plinio el Naturalista; Petronio, el amigo de Nerón y su víctima; Quintiliano, el rñetor compatriota de Séneca; Aulo Gelio y Frontón fueron los grandes enemigos literarios de Séneca, de su lenguaje, de sus obras, y de sus teorías filosóficas y morales. Sobre este punto cfr. el trabajo de J. Oroz Reta «Dimensión literaria de Séneca», en Actas del Congreso de Séneca, Córdoba 1965. vol. I.

(8).—W. Durant: «César y Cristo» (Historia de la Civilización) IV. p. 441.

(9).—Vid A. García y Bellido: «Arte Romano», 2.^a edición, p. 256.

(10).—Trajano fué un entusiasta de los primeros años del gobierno de Nerón, el llamado *quinquennium Neronis* (cfr. A. Víctor: *De Caesaribus*, 5, 2) y el Epítome *De Caesaribus*, 5, 3).

(11).—Oroz Reta: op. c. p. 112.

(12).—Durant: op. c. p. 450.

(13).—C. Passieno Crispo el Retórico era muy amigo de Séneca, al que cita varias veces en sus *Naturales Quaestiones* y en un epigrama. Ostentó el consulado dos veces, en 31 y 44 d. J. C. Suetonio le dedica en su *De Grammaticis et rhetoribus* una biografía muy sumaria.

(14).—Sobre este punto vid R. Contreras: op. c.

(15).—César sufría ataques epilépticos. Al menos tuvo dos accesos conocidos: «Sufrió por dos veces un ataque de epilepsia mientras despachaba asuntos públicos (*Comitali quoque morbo bis inter res agendas correptus est*) (Suetonio *Caesar*, 45). Y añade: «En sus últimos años solía perder de repente el conocimiento y sobresaltarse cuando dormía» (*nisi quod tempore extremo repente animo lingui atque etiam per sonnum exterreri solebat*) (Suet. *ibid*).

En cuanto a Calígula, su sintomatología esquizofrénica la expresa con bastante claridad el autor de la «Vida de los Césares». He aquí algunos síndromes:

«No gozaba de buena salud ni de cuerpo ni de espíritu» (*Valetudo ei neque corporis neque animi constitit*) (Suetonio, *Gaius*, 50).

«De niño sufría ataques de epilepsia» (*Puer-comitali morbo vexatus*) (Suet. *Gaius*, 50).

«De adolescente sufría súbitos desvanecimientos y en tales casos a duras penas podía caminar, sostenerse en pie, volver en sí y dominarse. El mismo se había dado cuenta de su desequilibrio mental y más de una vez había pensado en la conveniencia de aislarse y someterse a un tratamiento» (*Mentis*

valitudinem et ipse senserat ac subinde de secessu deoque purgando cerebro cogitavit) (Suetonio, *Gaius*, 50).

En cuanto a Tiberio, la lectura de Suetonio y de su censor Tácito, nos ilustra cumplidamente del desequilibrio mental en que cayó en su ancianidad, singularmente después de su retiro a Capri (24-37 d. JJ. C.) que debiose sin duda a debilidad mental senil (Sobre Tiberio, vid nuestro trabajo «El cordobés Sexto Mario, el hombre más rico de las Hispanias, víctima de la codicia de Tiberio», OMEYA, 16, en el que se estudia la interesante personalidad de Tiberio y sus relaciones con Hispania).

(16).—E. Elorduy: *Séneca. Vida y escritos* 1965. p. 158 ss.

(17).—C. Sánchez Albornoz: *El culto al Emperador y la unificación de España*, en «Anales del Instituto de Literaturas Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1946.

(18).—A. D'Ors: *Orígenes del culto al Emperador en España*, «Emérita», X, 1942.

(19).—C. Torres: *El culto al Emperador en Galicia*, «Cuadernos de Estudios Gallegos», XXII, 1952.

(20).—R. Etienne: «Le culte imperial dans la Péninsule Iberique d'Auguste a Diocletien».

(21).—Elorduy no sólo ha intentado resucitar de nuevo la ya vieja e insostenible cuestión del supuesto «cristianismo» de Séneca, sino que atribuye a Acté, la contubernal de Nerón, el carácter de cristiana y tan influyente en el ánimo del emperador que casi llega a insinuar Elorduy que Nerón era un cristiano encubierto, tesis indefendible, no alcanzando a comprenderse cómo un «cristiano» como se pretende, o al menos se supone, era Nerón, ordenó la matanza de cristianos a raíz del incendio de Roma (29 julio 64 d. J. C.), convirtiendo en luminarias vivientes los cuerpos de los cristianos en los jardines de su palacio, como nos da amplia noticia Tácito (*Ann.* CC, s. s), entre los autores paganos. (cfr. Elorduy op. cit. y «Séneca y el Cristianismo», en *Actas del Congreso Internacional de Filosofía en conmemoración de Séneca en el XIX centenario de su muerte*, I, p. 181, s. s.

(22).—Anneo Sereno, *praefectus vigilum* en tiempos de Nerón (Plinio N. H. XII, 96). Era íntimo amigo de Séneca al que dedicó los tratados «De constancia sapientis», «De otio» y «De tranquillitati animi». Quizás fuera pariente a juzgar por el gentilicio. Murió a consecuencia de haber ingerido setas venenosas (Plinio, *ibid*) (Sobre Anneo Sereno, vid C. Castillo «Prosopographia Baetica» I, p. 17).